

# 1

## El fútbol como fenómeno político

### 1. El fútbol como transmisor de ideologías políticas

A lo largo de la historia del fútbol –la historia del siglo XX se podría decir– el vínculo entre el fútbol y la política ha sido muy estrecho, y se ha identificado a este deporte como un aliado inseparable de fascismos y dictaduras que hallaban en los éxitos futbolísticos un mecanismo generador de ideología y acción propagandística. Benito Mussolini, Adolf Hitler y Francisco Franco fueron tres de las personalidades más activas en la utilización del balón como proveedor ideológico de sus respectivos regímenes.

#### 1.1. El caso italiano: Mussolini y los Mundiales de 1934 y 1938

El primer régimen que se sirvió del fútbol con fines políticos fue el fascismo de Benito Mussolini en Italia. El dictador había subido al poder el 28 de octubre de 1922 al frente del Partido Fascista Italiano. Pronto se erigió en el artífice del resurgimiento de la supremacía italiana inspirada en el modelo del Imperio Romano y tres años fueron suficientes para instaurar la primera dictadura fascista en Europa.

Mussolini no era un entusiasta del fútbol, pero enseguida se percató de las enormes posibilidades que brindaba el balón para ganarse a la opinión pública. Como oportunista, aprovechó el momento. Sabía que el fútbol era un deporte de masas y por tanto ahí era donde debía dirigirse. El Gobierno necesitaba el apoyo popular, y el apoyo popular se encontraba en el balón. Para los fascistas el fútbol era algo más que un deporte, ya que

«permitía concentrar en un espacio propicio para la puesta en escena a considerables muchedumbres, ejercer sobre ellas una fuerte presión y alimentar los impulsos nacionalistas de las masas»<sup>1</sup>.

En 1934 Italia acogió la II edición de la Copa del Mundo. Mussolini era consciente de lo que representaba organizar un acontecimiento de tal envergadura y anhelaba que su país fuera sede del evento para difundir al resto del mundo su ideología y exhibir el poderío militar y expansionista de su régimen. El presidente de la Federación Italiana de Fútbol, Giorgio Vaccaro, afirmó: «La última meta del acontecimiento será la de demostrar al universo lo que es el ideal fascista del deporte».

Suecia, el otro país con opciones para organizar el Mundial, retiró su candidatura sin explicar las razones. Parece ser que las presiones diplomáticas de Mussolini fueron suficientes para deshacerse del país nórdico. La selección uruguaya, previendo el transcurrir del campeonato, se negó a participar: «No iremos en rechazo al régimen fascista italiano y a la utilización política que se hará del evento».

Poco antes del comienzo del campeonato el líder fascista comunicó a Vaccaro en un conciso pero claro mensaje cuáles eran las pretensiones del certamen:

– No sé cómo hará, pero Italia debe ganar este campeonato.

Vaccaro, ingenuo, contestó:

– Se hará todo lo posible.

La respuesta de «Il Duce» fue contundente:

– No me ha comprendido bien. Italia debe ganar este Mundial. Es una orden.

Para que no se descuidase detalle alguno, Mussolini asumió el control total de la organización del certamen. Todo el campeonato fue un programado ejercicio político. Los carteles que anunciaban el evento mostraban la figura de Hércules con un pie sobre un balón y el brazo extendido haciendo el saludo fascista. El estadio de Turín pasó a llamarse Stadio Mussolini. Y los jugadores de la selección, a los que el mandatario italiano denominaba «soldados al servicio de la causa nacional», comenzaban y terminaban los partidos saludando al público con el brazo extendido en alto y cantando a Italia.

La idea de Mussolini de mostrar al mundo el poder italiano no era sólo un pensamiento, sino que fue acompañada de símbolos que así lo corroborasen. Para ello, «Il Duce» mandó diseñar un trofeo especial destinado al campeón seis veces más grande que el de la edición anterior, en cuya parte inferior aparecía una inscripción que decía: «Coppa del Duce».

Para asegurarse una selección nacional de éxito creó la figura de los oriundos –que tanta importancia tendría en España posteriormente–, descendientes de italianos en el extranjero que eran nacionalizados. Mussolini sabía que el buen fútbol estaba al otro lado del charco, en tierras latinoamericanas, donde existía una amplia colonia italiana. Por ello

mandó fichar a esos grandes jugadores, los nacionalizó y así se incorporaron a la selección nacional. Fueron los casos de Monti y Orsi (Juventus), Guaita (Roma), Guarisi (Lazio) y Demaría (Ambrosiana).

En un Mundial diseñado a la medida de «Il Duce» el dictador se preocupó personalmente de designar a los colegiados que debían pitar los partidos y no se perdió ni un encuentro del combinado italiano, que presencié desde la tribuna del palco.

España fue una de las selecciones que sufrió la parcialidad de los arbitrajes aleccionados por el dirigente fascista. Italia venía de derrotar a Estados Unidos en octavos de final por 8-1 y España a Brasil por 3-1. En cuartos de final ambos países debían jugarse el pase a la siguiente fase. Era una final anticipada, ya que ambos equipos venían desplegando el mejor juego. España se adelantó en el marcador en el minuto 31 con gol de Regueiro. Cuando el primer tiempo estaba a punto de finalizar, Ferrari empató el marcador, pero el árbitro belga Louis Beart anuló el tanto por clara falta de Schiavo a Zamora. Los italianos enfadados comienzan a reclamar y el colegiado, tras consultar con el juez de línea, concedió el tanto.

En la segunda mitad el árbitro fue protagonista de nuevo al anular un gol a los españoles por un fuera de juego inexistente. Con empate a 1 se llegó al final. El partido de desempate se jugó al día siguiente, el 1 de junio. Los italianos ganaron 1-0 gracias a un gol de Meazza en el minuto 11. El suizo René Mercet también tuvo notable influencia en el marcador final al anular un tanto al equipo español. La actuación del colegiado fue tan descarada que la federación de su país le suspendió de por vida. Después del partido el colegiado belga John Langenus, que cubría el evento como periodista, dijo: «España, verdadero campeón del mundo [...]. Italia necesitaba ganar. Cosa natural, pero no se preocupé de impedir que se viera tan claramente»<sup>2</sup>.

El defensa Jacinto Quincoces, integrante de aquella selección y nombrado mejor lateral izquierdo del torneo, recordaba tiempo después: «Dominamos claramente y sólo nos pudieron marcar después de que a Zamora lo metieran en la portería de un puñetazo. Además anularon un gol a Lafuente por fuera de juego cuando había hecho una jugada individual en la que dribló hasta el banderín de córner. Luego en el desempate teníamos siete lesionados de los palos que nos habían dado. Yo tuve que jugar lesionado. Pero nuevamente recurrieron a los golpes y a un arbitraje muy parcial para ganarnos»<sup>3</sup>.

Pedro Escartín, jugador, seleccionador nacional, árbitro internacional y periodista —«en el fútbol lo he sido todo, menos balón», dijo en cierta ocasión— también comentaba este episodio así: «Fue el partido más politizado, anormal en su desarrollo. A España le limpiaron en sus dos partidos frente a Italia con dos arbitrajes parciales. En aquel Mundial hubo una funesta influencia de la política. Era la Italia de Mussolini. Además económicamente hubiera supuesto un gran fracaso que Italia fuera eliminada a las primeras de cambio»<sup>4</sup>. Los jugadores transalpinos recibieron una prima de 10.000 liras por cabeza.

Después de dejar en el camino a España, Italia se enfrentó en semifinales a Austria, la favorita del torneo. Fue el partido con mayor recaudación del Mundial: 811.526 liras. El encuentro contra los austriacos tampoco estuvo exento de polémica. Según se dice, el árbitro nombrado para el encuentro, el sueco Ivan Eklind, había cenado la noche anterior

con el mandatario fascista. El equipo italiano ganó por 1-0 a los austriacos gracias a un claro fuera de juego no pitado. Bican, jugador austriaco presente en aquel encuentro, sostuvo hasta su muerte en 2001 que el partido estaba de parte de los anfitriones: «Por nuestro entrenador Hugo Meisl sabíamos que el árbitro estaba comprado y que iba a arbitrar a favor de los italianos. Hasta llegó a jugar con ellos. Cuando pasé un balón al ala derecha uno de mis compañeros, Zischek, corrió a por él, pero el árbitro se lo devolvió a los italianos. Fue una vergüenza»<sup>5</sup>.

En la final, en el Estadio del Partido Nacional Fascista, el rival fue Checoslovaquia. Asistieron más de 50.000 espectadores, la mayoría de ellos funcionarios del partido de «Il Duce». La descarada actuación del sueco Eklind en la semifinal no fue impedimento para que Mussolini le designase nuevamente como colegiado para el último partido del torneo. Antes del pitido inicial Eklind fue el único invitado al palco de honor para saludar al «Il Duce», lo que hacía presagiar el desenlace del encuentro. Si esto ocurría, lo normal era que se invitase a los capitanes de los dos equipos, y en su caso, al árbitro. Sólo acudió este último. Aquello mermó la moral de los checos, que conocían el precedente de la semifinal contra los austriacos.

En el descanso del partido, con el resultado de empate a 0, un enviado de Mussolini se personó en el vestuario italiano y entregó al seleccionador *azzurri*, Vittorio Pozzo, una nota manuscrita en la que decía:

– Señor Pozzo, usted es el único responsable del éxito, pero que Dios lo ayude si llega a fracasar.

Inmediatamente el entrenador se dirigió a los jugadores con el siguiente mensaje:

– No me importa cómo, pero hoy deben ganar o destruir al adversario. Si perdemos, todos lo pasaremos muy mal.

Italia, como estaba previsto, ganó y ello a pesar de que en la portería contraria se encontraba el guardameta Planicka, apodado «el Zamora del Este». El resultado final fue 2 tantos a 1. Al día siguiente, los vencedores asistieron a la ceremonia de celebración que el líder fascista les había organizado vestidos con el uniforme militar.

La victoria de la plantilla transalpina proporcionó entonces una oportunidad propagandística inigualable para cimentar la imagen del país y de su dirigente y agasajar al régimen. El periódico *Il Messagero* destacaba el triunfo de la *squadra azzurra* con estas palabras: «Es en nombre de Mussolini por el que la juventud de la Italia fascista se hace fuerte en los estadios [...]; es en nombre de Mussolini por el que nuestro equipo se ha batido en Florencia, en Milán y ayer en Roma para conquistar el título mundial»<sup>6</sup>.

El control que ejerció «Il Duce» sobre toda la organización de la competición fue absoluto. Cuando acabó el certamen, el presidente de la FIFA en su correspondencia diaria con su secretario general decía: «Tengo la impresión de que no ha sido la FIFA la que realmente ha organizado la Copa del Mundo, sino Mussolini». «Il Duce» salió fortalecido del evento y su popularidad se vio incrementada notablemente, lo que sirvió para que el fascismo se convirtiese en una especie de religión laica.

Cuatro años más tarde, ésta vez en Francia, el conjunto italiano repitió triunfo. El campeonato, con el mundo convulsionado y la guerra en ciernes, también estuvo ensombrecido por cuestiones políticas.

Italia se desentendió de Noruega (2-1) en octavos de final; de Francia (3-1) en cuartos; y de Brasil (2-1) en la semifinal. El partido contra los franceses, el 12 de junio, se jugó en medio de un gran ambiente hostil. El Gobierno francés era uno de los que había otorgado asilo político a los fugitivos de la dictadura fascista. La situación se hizo más tensa cuando los italianos saltaron al terreno de juego con las camisetas negras del fascismo e hicieron un tímido saludo imperial, lo que provocó una gran pitada del público asistente al estadio.

En el último partido del campeonato la selección italiana debía enfrentarse a Hungría. «Il Duce», conocedor de la importancia de la victoria para continuar demostrando al resto del mundo la superioridad del régimen fascista, envió la víspera del partido un telegrama intimidatorio a los jugadores italianos en el que les advertía: «Vencer o Morir».

La consigna de Mussolini se cumplió e Italia se consagró de nuevo campeona del mundo tras vencer por 4 tantos a 2. Después del partido el guardameta húngaro, Antal Szabó, afirmaba:

– Nunca en mi vida me he sentido más feliz después de un partido.

Ante la mirada atónita de los allí presentes añadió:

– He salvado la vida a once seres humanos. Me han contado antes de empezar el partido que los italianos habían recibido de Mussolini un telegrama que decía: «Vencer o Morir». Han vencido.

Los periódicos italianos tampoco desaprovecharon esta ocasión para hacer propaganda. El éxito era atribuido «a la excelencia atlética y espiritual de la juventud fascista en la misma capital del país cuyos ideales y métodos son antifascistas»<sup>7</sup>. El rotativo deportivo la *Gazzetta dello Sport* calificó esta segunda copa como «la apoteosis del deporte fascista en esta victoria de la raza» además de ser «una gran victoria para el nombre y prestigio de “Il Duce”».

## 1.2. El caso alemán: Hitler y los Juegos Olímpicos de 1936

Alemania, con Adolf Hitler a la cabeza y Joseph Goebbels<sup>8</sup> como ministro de Propaganda, hizo usos similares del fútbol en la XI edición de los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936. Hitler fue un gran especialista en hacer de la manipulación del deporte una obra de arte. La obsesión del líder alemán por mostrar al mundo la superioridad del pueblo germano y la fuerza de la ideología nazi hizo de este evento, desde el punto de vista organizativo, el mejor de la historia hasta ese momento. Hitler tenía en sus manos un gran escaparate ante el mundo y no estaba dispuesto a dejar escapar la ocasión. Para ello no escatimó gastos: 30 millones de dólares de presupuesto frente a los 2 millones de

los Juegos Olímpicos de Los Ángeles cuatro años antes: «El transporte de los deportistas funcionaba con la precisión de un reloj [...]. El elevado nivel técnico de los juegos se puso de manifiesto en todo momento. El cronometraje eléctrico y la foto de llegada, empleados por vez primera en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles, fueron perfeccionados. Se innovaron los sistemas de información tanto para los jueces como para el público en general. La cobertura informativa de las pruebas fue excelente»<sup>9</sup>.

Para los nazis el deporte en general y el fútbol en particular también eran un arma inmejorable para destacar la pureza de la raza aria: «Ganar un partido internacional –aseguraba Goebbels– es más importante para la gente que capturar una ciudad»<sup>10</sup>. Los futbolistas germanos también realizaban el saludo imperial antes del pitido inicial y exhibían la cruz esvástica en el escudo de la camiseta.

El certamen se celebró entre el 1 y el 16 de agosto de 1936 y en él participaron 4.069 deportistas procedentes de 49 países que compitieron en 19 modalidades deportivas y 129 especialidades. En la ceremonia de apertura, después del himno oficial, más de 100.000 personas entonaron el *Heil Hitler* en el estadio de Grünewald. Alemania fue el país que más metales se adjudicó en el evento, 89 en total: 33 de oro, 26 de plata y 30 de bronce. Los alemanes triunfantes eran exaltados en los periódicos como los «rubios vencedores». La primera medalla olímpica fue también para un alemán, Hans Woellke, que lanzó el peso a 16,20 metros, lo que le sirvió para ser ascendido a teniente «por sus servicios a la patria».

Sin embargo, no todo transcurrió según lo previsto. El afroamericano James Cleveland Owens, Jesse Owens, un estudiante de la Universidad de Ohio, resultó el gran triunfador del certamen. El atleta estadounidense sumó cuatro medallas de oro, de las cuales tres fueron récord olímpico: en 200 m (20,7 s), salto de longitud (8,05 m) y 4 × 100 relevos (39,8 s); y dos récords mundiales: en 200 m y en 4 × 100 relevos; además, igualó el récord olímpico anterior de los 100 m (10,3 s).

El color de la piel del atleta y sus resultados no sentaron nada bien a Hitler. La prensa germana lo menospreciaba llamándole «el esclavo de los blancos americanos». Para aplacar el enfado del Führer después de la primera medalla de oro en los 100 m, los súbditos del Tercer Reich le prometieron que el equipo olímpico de fútbol ganaría sin problemas a la selección Noruega, con la que tenía que enfrentarse días después. La victoria permitiría recuperar el orgullo herido y de este modo reafirmar la superioridad germana. El dirigente alemán acudió a presenciar el partido en su primera aparición en un encuentro de fútbol. El equipo alemán, contra todo pronóstico, perdió el partido, lo que encendió aún más las iras del líder nazi.

En marzo de 1938, con la anexión político-militar de Austria por parte de las tropas alemanas en la operación *Anschluss*, los futbolistas austriacos pasaron a defender al país del Führer. En aquella época la selección austriaca, conocida como el *Wunderteam* (equipo milagro), gozaba de un gran prestigio internacional y su fútbol «era lo más parecido a escuchar un vals».

Hitler vio entonces la posibilidad de incorporar los talentos austriacos a la selección alemana y construir un equipo nacional sólido para competir con garantías de éxito en el

Mundial que se avecinaba en apenas tres meses y de este modo limpiar la imagen mostrada en los Juegos Olímpicos dos años antes. Matthias Sindelar, delantero de origen judío al que apodaban «el Mozart del fútbol», era el jugador con más talento del equipo y una de las figuras destacadas del Mundial de 1934. También era conocido como «el hombre de papel» debido a su habilidad para filtrarse entre las defensas contrarias. Considerado un héroe nacional, su forma de jugar había inspirado a poetas. El austriaco Friedrich Torberg le escribió estas letras: «Jugaba al fútbol como ninguno / ponía gracia y fantasía / jugaba desenfadado, fácil y alegre / siempre jugaba y nunca luchaba». También tuvo un papel destacado en el reparto de una película y una encuesta a finales de siglo reveló a Sindelar como el mejor deportista austriaco del siglo XX.

Sindelar, sin embargo, utilizó todo tipo de artimañas para no formar parte del equipo nacional alemán: «Nunca lo dijo públicamente por temor a las represalias, pero Sindelar se negó a formar parte de esa nueva y poderosa Alemania. Simuló lesiones para eludir las convocatorias, porque le repateaba el hígado simplemente pensar que antes de empezar el partido tendría que ejecutar el saludo nazi. No quería doblar la rodilla ante los culpables de la muerte de muchos conocidos judíos y a su manera, con el balón y su destreza, le ganó una batalla futbolística al régimen hitleriano»<sup>11</sup>. Se dice que Sindelar «despreciaba a los nazis y deploraba la anexión de su tierra natal. Detestaba la política de sólo arios que había acabado con la expulsión de todos los funcionarios judíos de su club, el Austria-Viena»<sup>12</sup>.

Para celebrar la anexión se disputó un amistoso entre las selecciones de Austria y Alemania. Esta vez Sindelar no buscó excusa alguna y acudió a jugar con su verdadera selección. Las crónicas señalan que los austriacos habían recibido la orden de dejarse ganar. En la primera parte del encuentro Sindelar jugó discretamente. Se desentendía de sus adversarios alemanes y cuando llegaba el momento de introducir la pelota en la portería la tiraba fuera. Sin embargo, en el segundo tiempo el orgullo pudo más y uno de los tantos que marcó se lo dedicó a los alemanes con aires desafiantes: «Su celebración levantó ampollas. Sindelar se situó frente al palco y ante la mirada furiosa de las autoridades nazis se marcó una danza interpretada como una deshonorosa ofensa»<sup>13</sup>.

La osadía le costó cara. Inmediatamente fue señalado como traidor y perseguido por la maquinaria nazi. Hitler no perdonaba que alguien no se plegase a sus apetecencias. El final para el jugador fue trágico: apareció muerto en su casa por emanación de monóxido de carbono la noche del 22 al 23 de enero de 1939. Tenía 36 años. Todavía hoy día la causa real del fallecimiento es una incógnita. Hubo una investigación para esclarecer lo ocurrido, pero el informe oficial se extravió. Todos los indicios apuntan a que directa o indirectamente fue asesinado por los alemanes. Algunos señalan que se suicidó, ya que al no poder continuar jugando al fútbol su vida carecía de sentido. A su entierro se atrevieron a asistir 40.000 personas entre fuertes medidas de seguridad. Un monumento le recuerda como símbolo de la resistencia antifascista austriaca y todavía hoy día seguidores y dirigentes del Austria de Viena acuden a visitar su tumba el día del aniversario de su fallecimiento. También en la capital austriaca existe una calle –la Sindelarstrasse– dedicada al futbolista.

En Ucrania también un monolito conmemora a los futbolistas del Dínamo de Kiev de 1942 aniquilados por el Tercer Reich: «En plena ocupación alemana cometieron la locura

de derrotar a una selección de Hitler en el estadio local. Les habían advertido: Si ganan, mueren. Entraron resignados a perder, temblando de miedo y de hambre, pero no pudieron aguantarse las ganas de ser digno»<sup>14</sup>. El canciller germano, que no podía permitirse una humillación semejante, zanjó la cuestión de un plumazo: «Los once fueron fusilados con las camisetas puestas en lo alto de un barranco cuando terminó el partido»<sup>15</sup>.

### 1.3. El caso español: Franco y la furia española

Durante el franquismo España no fue indiferente a la explotación política del fútbol. Con la llegada al poder del Caudillo tras la Guerra Civil (1936-1939) comenzó la instrumentalización política del fútbol.

La Delegación Nacional de Deportes (DND) –cuyo lema era «haga deporte y mejore la raza»–, dependiente de la Secretaría General del Movimiento y a cuyo frente estaba el general José Moscardó, fue creada con la finalidad de utilizar el deporte como exhibición internacional de la virilidad hispana al estilo de los regímenes totalitarios de Italia y Alemania en los decenios 1930 y 1940.

Los futbolistas españoles, al igual que sus vecinos italianos y alemanes, se alineaban antes de cada encuentro con la palma extendida en alto para entonar el *Cara al Sol* y gritar «¡Arriba España! ¡Viva Franco!»: «En la tarde del caluroso domingo del 25 de junio de 1939, el Sevilla y el Racing de El Ferrol disputaron la primera final de la Copa del Generalísimo en el estadio Montjuich de Barcelona. Habían pasado menos de tres meses de la conclusión de la Guerra Civil [...]. Los dos equipos se alinearon antes del comienzo del partido y elevaron el brazo para hacer el saludo fascista. Pocos segundos más tarde por los altavoces del estadio irrumpió el himno de batalla falangista *Cara al Sol*. Los jugadores empezaron a cantar entusiasmadamente y la multitud que llenaba el estadio pronto les siguió de pie con los brazos en alto y cantando como un solo hombre»<sup>16</sup>.

Las manifestaciones políticas fascistas se hicieron aún más evidentes durante el denominado período azul (1939-1945). La camiseta roja de la selección, diseñada por el marqués de Villamejor para la primera participación nacional en los Juegos Olímpicos de Amberes (Bélgica) de 1920, fue sustituida por otra de color azul a fin de evitar cualquier tipo de duda política: «La susceptibilidad de la época llegaba a estos extremos: todo lo rojo quedaba proscrito, aunque fuese en las camisetas del equipo nacional de fútbol, que se sustituyeron por otras azules, más en consonancia con las tendencias cromáticas de los años cuarenta»<sup>17</sup>.

Cualquier influencia foránea era tildada de sospechosa, por lo que los clubes que habían adoptado nombres anglosajones por la influencia inglesa también se vieron obligados por orden de 1 de febrero de 1941 a castellanizarse. Entre otros, el Football Club Barcelona pasó a llamarse Fútbol Club Barcelona; el Athletic Club de Bilbao, Atlético Club de Bilbao; y el Sporting de Gijón, Deportivo de Gijón.



Las redacciones de los periódicos también sufrieron los caprichos políticos y tuvieron que emprender un proceso de nacionalización del lenguaje, acomodando los tecnicismos ingleses fuertemente asentados a otras expresiones con acento español. Entre otras, balompié en lugar de *foot-ball*, saque de esquina por *corner*; juez de línea por *linier*; árbitro en sustitución de *referee*, o chut por *shoot*.

Además de estas medidas era obligatorio que la junta directiva de cada club contase entre sus filas con dos falangistas como mínimo.

El equipo nacional fue un gran socio de Franco para exaltar la furia española y explotar el concepto de madre patria. El Mundial de Brasil de 1950 constituyó uno de los acontecimientos de mayor exaltación patriótica. Antes de partir a tierras sudamericanas los jugadores habían sido advertidos de la importancia del evento en unos momentos en los que España intentaba asomar la cabeza en el panorama internacional. Según contaba Luis Molowny, durante una sesión de entrenamiento antes de ir a Brasil representantes del Gobierno insistieron machaconamente a los jugadores que debían considerarse embajadores de España ante quienes hasta entonces —el resto del mundo— les habían hecho un vacío por atreverse a ser diferentes: «A los jugadores se les dijo que debían mostrar un comportamiento impecable en todo momento, que vistiéramos el traje oficial, que dijéramos lo correcto a los periodistas extranjeros e incluso ayudáramos al contrario a levantarse del suelo con una sonrisa si hacía falta»<sup>18</sup>.

Para llegar con garantías al evento, al Caudillo le fue tendida una mano desde el máximo órgano rector del fútbol: «El Mundial de 1950 fue una oportunidad política que el Gobierno español intentó aprovechar al máximo con la ayuda de la FIFA [...]. La FIFA había organizado los grupos para la fase de clasificación con gran cuidado. España se enfrentó a Portugal e Irlanda [únicos rivales deportivos entre 1945 y 1950, porque el resto de países no quería enfrentarse a España] con el fin de evitar posibles boicots por parte de sus adversarios»<sup>19</sup>.

El episodio más popular se produjo el 2 de julio de 1950 en Maracaná ante 65.000 espectadores. El partido estaba previsto para las 14.00 hora local y tuvo la mejor recaudación del torneo en un partido en el que no participó la selección brasileña. España venía de derrotar a Estados Unidos (3-1) y a Chile (2-0) y le quedaba enfrentarse a Inglaterra. En el minuto 49, en el que sería el único tanto del partido, el delantero vasco Telmo Zarraonandía, Zarra, consiguió batir al meta Williams. El presidente de la federación y ex divisionario azul Armando Muñoz Calero, presa del júbilo, reaccionó con gran patriotismo ante los micrófonos de Radio Nacional en el país sudamericano: «Tengo el honor y la inmensa satisfacción de comunicar a su excelencia el Generalísimo Franco que hemos vencido a la Pérfida Albión»<sup>20</sup>. Se quedó a gusto. Ganar a Inglaterra era como devolverle la moneda a la Armada Invencible.

La victoria fue relatada en el diario *Marca* del siguiente modo: «Una espléndida demostración al mundo entero de que la nueva España nacida de aquel sangriento conflicto ha recuperado completamente las tradicionales virtudes hispánicas de la pasión, la agresión, la furia, la virilidad y la impetuosidad».

Cuando acabó la Segunda Guerra Mundial, a pesar de que España se había mantenido neutral en el conflicto bélico y sólo había participado tímidamente prestando su apoyo al

bando alemán a través del envío de la División Azul a tierras soviéticas, la nación española era vista a los ojos del resto del mundo como el último representante del fascismo, por lo que Naciones Unidas emprendió un boicot diplomático y económico contra el Estado español. El general Franco comprendió entonces que la mejor solución para España pasaba por desprenderse de ese sambenito político. Este proceso se produjo igualmente a través del fútbol.

En 1947 se recuperó el color rojo tradicional del uniforme del equipo nacional y al mismo tiempo se eliminaron el saludo y canto antes de los partidos. Y aunque otros símbolos pervivieron hasta bastante más adelante —como la obligación de contar con dos falangistas en las juntas directivas de los clubes, vigente hasta 1967—, la propaganda fascista en el fútbol hasta el final de la dictadura fue más diluida.

El gran momento para el Estado español se produjo en 1964 con la conquista del campeonato de Europa de naciones. El rival (político) no podía ser otro mejor: la Unión Soviética (URSS), que por otro lado, era la vigente campeona del torneo. España, además, había sido designada anfitriona de la segunda edición del evento. En la final, que se celebró en el Estadio de Chamartín el 21 de junio de 1964, españoles y soviéticos se iban a ver las caras. La expectación era máxima no sólo por el enfrentamiento deportivo, sino por las connotaciones políticas que revestían el mismo. Acudieron al estadio 79.115 espectadores.

El partido comenzó bien para el equipo ibérico. En el minuto 5 Chus Pereda inauguró el marcador. La alegría duró poco. Dos minutos más tarde un gol de Khousséinov puso el tanteo en tablas. En el minuto 84, en un centro de Pereda por la derecha, Marcelino, con un mítico remate de cabeza, logró batir a Lev Yashin, la Araña Negra (único guardameta que ha ganado el Balón de Oro).

La victoria contra el combinado de la hoz y el martillo supo a gloria. Franco respiró tranquilo. Vencer a la selección soviética era como derrotar al comunismo. Cuatro años antes Franco se había resistido a enfrentarse a la URSS cuando el bombo les emparejó en semifinales. El Caudillo sabía que los soviéticos eran una gran potencia futbolística y no podía arriesgarse a quedar en evidencia ante su gran enemigo político. La federación remitió entonces la siguiente nota: «Se suspenden los partidos con la URSS valederos para la Copa de Europa de Naciones. La federación española ha comunicado a la FIFA que quedan suspendidos dichos encuentros». La UEFA sancionó económicamente a España con 600.000 rublos. Para desgracia del Estado español el combinado rojo se proclamó campeón del certamen.

## **1.4. El caso brasileño: la búsqueda de la identidad nacional**

En Brasil el fútbol también fue utilizado con intenciones propagandísticas y tuvo una influencia decisiva en la construcción y fortalecimiento de la identidad nacional del país. A finales de los años veinte y principios de los años treinta el país sudamericano era una mezcla de nacionalismo y autoritarismo. La república no había sido capaz de fraguar una verdadera nación debido, entre otros motivos, a los fuertes regionalismos existentes, por

lo que para los sectores que ejercían el poder político se imponía una labor urgente: construir la nación brasileña.

El fútbol se convirtió entonces en el medio a través del cual articular este proceso y la selección nacional era el mejor aliado para alcanzar este objetivo. La Copa del Mundo de Fútbol de 1938 en Francia fue el escenario elegido para hacer de ese sueño una realidad palpable. Un evento de características mundiales cumplía todos los requisitos necesarios para lograr el propósito.

En los meses previos a la celebración del torneo se diseñó una campaña de apoyo nacional no sólo de tipo moral, sino también material, cuya finalidad era implicar y hacer partícipe al mayor número de personas de tal modo que todo el país se involucrase y sintiese responsable del destino de su nación representada a través de la selección de fútbol.

La Confederación Brasileña de Deportes (CBD) lanzó una campaña –la «campaña del sello postal»– a fin de recaudar fondos y financiar a la expedición brasileña en su periplo por tierras europeas. La respuesta fue unánime. El 6 de abril de 1938 el diario de São Paulo *A Gazeta*, recogía en sus páginas: «La Campaña del Sello Postal [...] tuvo un singular éxito [y] está casi agotada la emisión de 100.000 sellos postales. Con esta campaña los aficionados pueden interesarse directamente por el viaje de nuestra selección, porque adquiriendo un sello el hinchas hace su apuesta para ir también a la Copa del Mundo [...]. Los que adquirieron el sello [...] no sólo colaboraron patrióticamente con la participación de Brasil en la tercera Copa del Mundo, sino que se convirtieron al mismo tiempo en candidatos a un lugar en la delegación por 500 reales»<sup>21</sup>.

Quedaba claro que la sociedad entera era responsable del éxito de la selección y con ello del éxito del país: «La CBD [...] recaudará 50 millones de reales, una cifra que contribuirá en mucho para que nuestra selección pueda viajar con mayor comodidad para hospedarse mejor en Francia. Y todo eso influye en una mejor disposición de nuestros ases para luchar en aquel importante torneo dentro de sus reales posibilidades. De este modo mayores serán nuestras oportunidades de victoria [...]. Adquirir el sello no es solamente la esperanza personal de irse a Europa y asistir al Campeonato Mundial, sino también un acto patriótico para servir mejor a nuestro ideal común de ver cómo Brasil consigue la posición suprema en el fútbol internacional que sería la conquista de la ¡Copa del Mundo!»<sup>22</sup>.

Junto a la afirmación de Brasil como nación, la participación mundialista brindaba la ocasión de llevar el buen nombre de Brasil al Viejo Continente. Simbólicamente se reforzó la idea de que aquello no era un simple torneo deportivo, sino una muestra de la fuerza de Brasil a partir del fútbol: «Se espera [...] que esta vez nuestro país actúe en la Copa del Mundo con todas sus mejores posibilidades. No estamos ahorrando ningún esfuerzo. Se espera dar a nuestra delegación el mayor apoyo moral y material posible para que no sólo sea digna de nuestra capacidad futbolística [...], sino también para llevar a cabo [...] una importante y eficiente propaganda del Brasil»<sup>23</sup>.

El día anterior al estreno de la selección *canarinha* el diario *A Gazeta* dejaba clara la implicación de todo el país en el evento: «Todo Brasil, deportivo o no, estará con su atención concentrada mañana, en el debut de los brasileños [...]. Nunca antes el alma del

pueblo brasileño vibró tanto en torno a la campaña de una representación nacional en una competición deportiva en el extranjero [...]; por primera vez nos comprometimos seriamente en dirigirnos al otro lado del Atlántico perfectamente organizados y contando con el apoyo moral y material de toda la nación»<sup>24</sup>.

El domingo 5 de junio de 1938 se produjo el debut carioca con una victoria ajustada sobre la selección polaca por 6 tantos a 5. El ajustado triunfo y la ansiedad ante el primer encuentro vivida por el colectivo brasileño en el país sirvió aún más para fortalecer los vínculos nacionales. La alegría de la victoria fue celebrada por todo lo alto y de ella fueron partícipes todos y cada uno de los ciudadanos brasileños: «1.000, 10.000, 200.000 o un número mayor de personas, tal vez la población entera de São Paulo manifestó el domingo su enorme alegría por el triunfo de los brasileños en el primer partido de la Copa del Mundo»<sup>25</sup>.

La victoria dejaba claras posibilidades propagandísticas y diplomáticas del balón: «Nunca [...] los brasileños en general tuvieron la ocasión de comprobar la enorme utilidad del fútbol como elemento de propaganda en el extranjero. Lo que nuestra diplomacia mal puede llevar a cabo, lo que nuestras misiones de expansión en el resto del mundo no consiguen hacer el fútbol llevó a cabo en un abrir y cerrar de ojos»<sup>26</sup>.

El segundo partido de los cariocas contra Checoslovaquia también fue intenso. El enfrentamiento acabó en tablas, lo que hizo necesario un encuentro de desempate. Se jugó dos días después, el 14 de junio. En esta ocasión los sudamericanos vencieron por 2 goles a 1. La expectación fue notable antes, durante y después del partido: «El desarrollo del partido Brasil-Checoslovaquia fue acompañado por la población de esa capital (Recife) con gran entusiasmo. Al mediodía se suspendió la atención en las oficinas públicas y se cerró el comercio. Después de la victoria de los jugadores brasileños el pueblo recorrió las calles de la ciudad dando vivas a los jugadores. Hablaron varios oradores exaltando el mérito de los *cracks* que de manera tan brillante clasificaron a Brasil a la semifinal de la Copa del Mundo»<sup>27</sup>.

Las muestras de patriotismo esta vez también vinieron desde fuentes del Gobierno federal. El ministro de Educación, Gustavo Capanema, enviaba el siguiente telegrama a la delegación carioca: «La victoria de hoy tiene un sentido: todo por Brasil»<sup>28</sup>.

Ya en semifinales Brasil debía medirse contra Italia. En principio el conjunto carioca era superior. Por este motivo el seleccionador Ademir de Menezes decidió dar descanso a algunos jugadores titulares y reservarlos para la final. Sin embargo, los italianos resultaron unos rivales duros y se hicieron con la victoria por 2-1. La derrota no dejó indiferente a nadie. Así lo relataba el *Correio da Manhã*: «Como consecuencia del grave nerviosismo popular se verificaron ayer a la noche numerosos incidentes personales. Merece ser destacado el caso de la joven María de Lourdes, de 22 años de edad, la cual alentaba apasionadamente y al conocer la derrota del equipo brasileño intentó suicidarse ingiriendo una fuerte dosis de veneno. María de Lourdes se encuentra en gravísimo estado»<sup>29</sup>.

Tras la derrota contra Italia la disputa por el tercer y cuarto puesto contra Suecia se saldó a favor de los sudamericanos de manera contundente —4 goles a 1 fue el resultado— y con ello la recuperación del orgullo nacional.

Una vez finalizada la competición y de vuelta a casa, los héroes del balompié fueron recibidos en el país por todo lo alto: «El tercer campeonato mundial, como es sabido, convocó a todo Brasil, de Norte a Sur, y era natural que la recepción de los ases al desembarcar en Río habría de constituir un espectáculo inolvidable. Todos nuestros ases fueron homenajeados como merecían, pues todos jugaron y el mérito del tercer lugar fue por igual»<sup>30</sup>. Objetivo cumplido.

## 2. El fútbol como droga social

El concepto de fútbol como droga social, término acuñado por el historiador británico Paul Preston y entendido como la capacidad de mantener a la población en un estado de pasividad política de tal manera que se eviten levantamientos y manifestaciones, ha sido uno de los aspectos habitualmente más utilizados por los regímenes políticos de todo el mundo como herramienta de control de la población.

En España «el fútbol espectáculo como una rama del deporte fue el asidero para controlar manifestaciones populares conflictivas, pues se sabía cómo el bajo nivel cultural del pueblo reaccionaría ante el temor de posibles represiones, ofreciéndole para excusarse de estas manifestaciones todo un repertorio futbolístico de calidad o de otro tipo de actividades deportivas que sirvieron para anular, por ejemplo, las proyectadas algaradas de primero de mayo, o de forma esporádica, en otros momentos en los cuales la tensión podría producir motivaciones de tipo conflictivo en la clase obrera»<sup>31</sup>.

El periodista Julián García Candau ha analizado con detalle esta relación entre la política y el fútbol en *El fútbol sin ley* (1980): «El fútbol ha constituido en España, desde que acabó la Guerra Civil, la espita que ha dado paso a represiones y añoranzas en otros terrenos»<sup>32</sup>.

La situación del país una vez concluido el conflicto bélico era desoladora. En una España devastada por la contienda, el hambre y la precariedad amenazaban a la mayor parte de las familias, por lo que existía una demanda de diversión y entretenimiento para evadirse de la cruda realidad. Las opciones, sin embargo, no eran muy amplias, por lo que rápidamente, sobre los escombros de la guerra, comenzó a disputarse de nuevo el Campeonato de Liga y la Copa del Generalísimo (antes de la guerra llamada Copa Alfonso XIII y luego Copa de España).

Con este panorama de fondo el Estadio de Chamartín y el Metropolitano registraban a menudo aforo completo: «Cuando la guerra civil terminó el panorama del fútbol nacional era tan sombrío como el horizonte general del país [...]. La gente ansiaba normalizarse, volver a la vida que la guerra parecía haber destruido para siempre, y especialmente deseaba olvidar. El fútbol siempre ha sido en este sentido una especie de opio que ha ayudado a pasar los malos tragos y ha hecho olvidar muchas situaciones que de otro modo hubiesen parecido insostenibles [...]. Durante casi cuarenta años los españoles [...] nos hemos preocupado menos de las realidades de nuestro país que de saber cómo quedaría clasificado nuestro equipo favorito»<sup>33</sup>.

El fútbol como droga social se evidenciaba en declaraciones de los presidentes de los dos clubes madrileños. Vicente Calderón, presidente del Atlético de Madrid, afirmaba: «¡Ojalá el fútbol entonteciera al país y ojalá pensarán en el fútbol tres días antes y tres días después del partido! Así no pensarían en otras cosas más peligrosas»<sup>34</sup>. Santiago Bernabéu, presidente del Real Madrid, admitía: «Estamos prestando un servicio a la nación [...] porque a la gente le gusta mucho el fútbol, y con el fútbol los españoles hacen más llevaderos sus problemas cotidianos. Estamos en un momento de incompreensión tan grande y de una zarabanda tan horrible que la gente quiere tranquilidad de verdad. No quiere problemas. El fútbol es el recurso para que la masa se olvide del resto de los problemas»<sup>35</sup>.

La televisión fue un instrumento de gran de ayuda para el régimen, que la utilizó eficazmente para cumplir su papel de sacar a la población de las calles y concentrarla en sus casas, especialmente en días tan señalados como el primero de mayo y su víspera, cuando las manifestaciones de trabajadores amenazaban con tener mayor repercusión: «Los mil goles de Pelé o los partidos de liga incitaban al personal a tomar asiento ante los televisores en blanco y negro antes que correr delante de los grises. En los últimos años del régimen un Real Madrid-Barcelona fue adelantado al viernes y televisado para contrarrestar una concentración que estaba anunciada en la Casa de Campo de Madrid»<sup>36</sup>.

La técnica del fútbol como droga social tiene raíces consolidadas en las dictaduras sudamericanas: Brasil (1964-1985), Chile (1973-1989), Uruguay (1973-1985) y Argentina (1978-1983). Los gobiernos, en general, prefieren un pueblo desmovilizado desde el punto de vista político, ya que esa pasividad facilita el ejercicio del poder. En los regímenes autoritarios esa ausencia de movilización adquiere matices más significativos.

A través de un golpe de Estado militar se toma el poder de manera violenta eliminando o exiliando a sus opositores. A partir de aquí el pueblo es intimidado y obligado a obedecer. No obstante, los nuevos dirigentes saben que el temor a la represión puede no ser suficiente y para controlar cualquier tipo de levantamiento se recurre a la clásica fórmula romana del *panem et circenses* [pan y circo] —el fútbol cumple la función del circo— para dominar la situación.

En el caso de América Latina la zona raramente ha gozado de la estabilidad política deseable. El fútbol, sin embargo, permite alcanzar esta situación primero, distrayendo a los ciudadanos y apaciguando de este modo sus ánimos exasperados, segundo, por medio de un conjunto de éxitos deportivos que permitan relacionar las victorias futbolísticas con éxitos políticos.

Durante la vigencia de los regímenes militares sudamericanos éstos tomaron diversas medidas para asegurarse de que el fútbol era un dique de contención de las almas políticas inquietas. Las crónicas afirman que grandes cantidades de dinero permitieron a distintos clubes en bancarrota resistir las tentadoras ofertas que llegaban desde el otro lado del Atlántico para importar a los principales jugadores de la época. En Brasil Pelé permaneció en el Santos de São Paulo prácticamente durante toda su carrera como futbolista —de 1956 a 1974— después de que en 1960 fuese declarado por el Gobierno «tesoro nacional no exportable».

En Argentina Diego Armando Maradona también estuvo retenido por el poder político hasta 1982, año en que se marchó a España. «¡Maradona no se vende, Maradona no se va, Maradona es patrimonio nacional!», gritaban los hinchas violentos, barras bravas, en los graderíos dirigiéndose a los representantes de la nación. En 1979 el Fútbol Club Barcelona ya había intentado hacerse con los servicios del jugador, pero la rápida intervención de los militares paralizó la operación. Los dirigentes sudamericanos eran conscientes de lo que representaba el Pelusa para la patria: «Todos los militares deseaban que se quedara en el país. Maradona era un buen elemento de distracción cuando las cosas se tornaban difíciles para el régimen. Él hacía feliz a la gente. Los romanos utilizaron el circo; nuestros militares, los estadios de fútbol»<sup>37</sup>. La junta militar argentina también se sirvió de los medios de comunicación para alcanzar la máxima anestesia política entre la población y se llegó a transmitir seis partidos por semana al tiempo que se compensaba económicamente a los clubes por la disminución en la asistencia a los estadios.

En Chile la fuerte relación entre el fútbol y la política se hizo más intensa a partir de la caída del líder socialista y presidente de la República, Salvador Allende, con el golpe de Estado militar de Augusto Pinochet el 11 de septiembre de 1973. Durante la dictadura el general rescató a varios equipos —el Everton de Viña del Mar y el Rangers de Talca— de una situación financiera comprometida, ya que la desaparición de estos equipos implicaba que numerosas personas de distintas barriadas chilenas no podían disfrutar de su principal afición —y distraerse— y estarían en las calles ocasionando problemas. Además, el dictador se proclamó presidente del club más popular del país, el Colo Colo de Santiago, entre 1981 y 1984.

### 3. Los éxitos (fracasos) futbolísticos como éxitos (fracasos) políticos

Junto con la posibilidad de los regímenes totalitarios de utilizar el fútbol como droga social, los dirigentes políticos utilizan los éxitos futbolísticos como mecanismo reparador de los fracasos en otros campos. Es lo que se conoce como la politización del fútbol. El presidente norteamericano Gerald Ford llegó a decir en su día que «un acontecimiento deportivo puede servir a una nación tanto como una victoria militar».

Esta idea también ha tenido un profundo eco en la historia de América Latina, donde «la frontera entre el fútbol y la política es tan tenue que resulta casi imperceptible»<sup>38</sup>. Muchos de los regímenes dictatoriales sudamericanos de mediados y finales del siglo XX gastaron también ingentes sumas de dinero para asegurarse una selección nacional de éxito. Brasil, Uruguay o Chile son casos de *nacionalfútbolismo*, aunque poco comparables con la cifra que dispendió el general Jorge Rafael Videla para el Mundial de Argentina de 1978; algunas fuentes lo cifran en un 10% del presupuesto nacional.

La junta militar había llegado al poder el 24 de marzo de 1976 a través del denominado Proceso de Reorganización Nacional, un golpe de Estado dirigido por el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, Jorge Rafael Videla, el almirante Eduardo Emilio Massera y el comandante general de la Fuerza Aérea, Orlando Ramón Agosti, por el que se eli-

minó del mando a María Estela Martínez –viuda de Juan Domingo Perón–, en el poder desde el 1 de julio de 1974.

Una vez que la junta, presidida por Videla, se hizo con el mando del país, dispuso un Gobierno nacional formado por la Armada, el Ejército y la Fuerza Aérea. Inmediatamente se eliminó cualquier forma de participación popular y se dispuso, entre otras medidas, la disolución del Congreso, el cese de la actividad de los partidos políticos, la destitución de la Corte Suprema de Justicia, la intervención de los sindicatos, la suspensión de los derechos de los trabajadores, la censura los medios de comunicación y la prohibición de huelga.

Durante los meses siguientes al golpe militar se inició una campaña de persecución ideológica por medio del secuestro, la tortura y la desaparición de toda oposición y voz disidente a la oficial. Para ocultar estas acciones, el régimen ideó la figura de los desaparecidos, eufemismo a través del cual sus ideólogos identificaban a las víctimas del régimen. En 1977 el Gobierno militar fue denunciado ante la Organización de las Naciones Unidas (ONU) bajo la acusación de haber cometido 2.300 asesinatos, más de 10.000 arrestos por causas políticas y ser responsable de la desaparición de entre 20.000 y 30.000 personas.

En este contexto los militares entendieron que el Mundial de 1978 –«la fiesta de todos», como lo denominaron– era un buen aliado como maniobra de distracción de lo que estaba ocurriendo en el interior del país y un medio para lavar su imagen en el extranjero. El Mundial se convirtió en una cuestión de Estado. Para ello poco después del golpe militar se puso en funcionamiento la Operación Copa del Mundo. Se creó un organismo oficial, el Ente Autárquico Mundial 78 (EAM 78), con el objetivo de diseñar la agenda del campeonato y manejar las finanzas. A su frente estaba el general Omar Actis secundado por el capitán Carlos Alberto Lacoste. Las diferencias entre ambos, el primero más partidario de la austeridad y el segundo del dispendio, se saldó con el asesinato de Actis, que fue relevado en el puesto por el general Antonio Merlo. La inversión total en el evento fue de 520 millones de dólares. Con ese presupuesto se podían haber organizado cuatro mundiales como el de 1982 en España. Los elevados gastos trajeron de cabeza al ministro de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz, que avisó de los excesos a Videla. La respuesta de éste fue expedita: «Aunque costara cien millones de dólares más, aún sería beneficioso para la Argentina».

El lateral derecho de Huracán, Jorge Carrascosa, una de las figuras destacadas en los partidos preparatorios del mundial, se retiró de la selección antes del comienzo del campeonato consciente de su politización: «De ninguna manera voy a ser instrumento de esta dictadura militar»<sup>39</sup>. El seleccionador argentino, César Luis Menotti, el Flaco, antes de la celebración del evento, afirmaba: «Si Argentina aparte de organizar los campeonatos consigue una buena clasificación, muchos de los problemas del pueblo argentino quedarán resueltos».

Lo primero que hizo la cúpula militar fue contratar los servicios de la consultora norteamericana Burson-Marsteller & Asociados –especializada en mejorar la imagen de naciones y gobiernos– con el fin de promocionar el país y contrarrestar la «campaña antiargentina orquestada desde el exterior», como la apellidaron los propios militares.



Desde Europa algunos países –principalmente Holanda y Francia– denunciaban las violaciones a los derechos humanos y proponían un «boicot a la copa del mundo entre campos de concentración».

El día de la ceremonia de bienvenida, el jueves 1 de junio, 80.000 personas asistieron al Estadio Antonio Vespucio Liberti, El Monumental. Tras el himno nacional comenzaron las intervenciones. En primer lugar habló el interventor de la Asociación de Futbolistas Argentina (AFA), Alfredo Cantilo. La consigna estaba clara, transmitir normalidad. «Bienvenidos a esta tierra de paz, libertad y justicia, que se siente honrada con vuestra presencia», dijo. Luego dio su discurso el que fuera presidente de la FIFA, João Havelange. Y finalmente le tocó el turno a Videla, quien se explayó y dio por inaugurada oficialmente la competición anunciando que era «un día de júbilo para la nación argentina en el marco de esta confrontación deportiva caracterizada por su caballerosidad, en el marco de amistad entre los hombres y los pueblos».

El mundial se disputó a lo largo de 25 días, en cinco ciudades y con 16 selecciones participantes. Las redacciones de los medios de comunicación fueron avisadas varias semanas antes del inicio de la competición a través de una circular oficial sobre cuál debía ser la línea editorial a seguir. En la redacción de la revista *Goles Match* se recibió el siguiente mensaje: «La línea política de nuestras publicaciones debe ser prolijamente encauzada hacia una actitud mesurada y constructiva, de inteligente apoyo crítico a las instituciones, a las autoridades y a los hombres que tienen y tendrán la muy compleja tarea de llevar a buen destino las actuales y futuras etapas del país. En ese sentido seremos absolutamente intransigentes con toda manifestación periodística que apunte irresponsablemente a fomentar descontentos o tienda a la disociación de la paz social o de la unidad nacional»<sup>40</sup>.

En las oficinas de *Radio Splendid* hubo advertencias similares: «En consideración al espíritu patriótico que debe guiar a todos los argentinos ante el mundo durante los próximos días y hasta la finalización del Campeonato Mundial de Fútbol 78 fíjese como pauta oficial de la emisora la abstención absoluta de comentarios adversos a nuestra selección en forma particular o general en todos los programas de la misma, sin excepción»<sup>41</sup>.

La operación del régimen estaba bien diseñada y los resultados no tardaron en llegar. Videla quería, como Mussolini, su mundial y lo consiguió. Argentina derrotó en la primera fase a Hungría (2-1) y Francia (2-1), y perdió contra Italia (1-0). En la segunda fase debía medirse a Polonia (a la que ganó por 2-0), a Brasil (empate a 0 fue el resultado) y a Perú. A la selección peruana debía ganarla por cuatro goles de diferencia y así lo hizo: 6-0 fue el resultado final. El encuentro pervive en el recuerdo como uno de los partidos más amañados de la historia, no sólo por lo abultado del resultado sino porque el portero peruano Quiroga era argentino de nacimiento.

En la final, el 25 de junio en El Monumental, argentinos y holandeses tenían que verse las caras. El día anterior *La Prensa* intentaba acallar los comentarios políticos negativos que llegaban desde Europa: «De acuerdo con informaciones procedentes de los Países Bajos, se ha desarrollado allí un estado de genuina presión psicológica con respecto a cómo comportarse de cara a las autoridades y a la persona del presidente argentino. Los

medios de difusión de Europa occidental se esforzaron en señalar que en la Argentina se distrae al pueblo de sus aparentes sufrimientos bajo un régimen tiránico. Hasta se insistió absurdamente en comparar la situación actual argentina con la de la Alemania nazi de 1936, cuando allá se efectuaron los Juegos Olímpicos [...]. Nuestro Gobierno actual fue y sigue siendo un régimen imperante en una situación de emergencia y nunca se buscó ningún espaldarazo en la realización del Mundial de fútbol»<sup>42</sup>.

El partido comenzó bien para los argentinos. Mario Alberto Kempes, el Matador, inauguró el marcador en el minuto 37. Cuando todo parecía listo para sentencia, a ocho minutos para el final, Dick Nanninga puso de un cabezazo el marcador en tablas. En la prórroga primero Kempes en el minuto 105 y más tarde Bertoni en el 116 dejaron el resultado final en 3 a 1.

Argentina ganó y la victoria de la selección albiceste fue vivida como «la primera satisfacción colectiva después de cincuenta años de desilusiones políticas y decadencias»<sup>43</sup>. Inmediatamente 25 millones de argentinos invadieron las calles del país. Muchos ciudadanos, que desde el golpe de Estado habían permanecido ocultos, salieron para festejarlo. Los medios de comunicación, cómplices del estado, servían de portavoces oficiales del régimen. La revista *El Gráfico* fue una de los más activas: «Para los de afuera, para todo ese periodismo insidioso y malintencionado que durante meses montó una campaña de mentiras acerca de la Argentina, este certamen le está revelando al mundo la realidad de nuestro país y su capacidad de hacer con responsabilidad y bien cosas importantes»<sup>44</sup>.

El videlismo se había salido con la suya. El fútbol se convertía de este modo en la cara visible del país para el resto del mundo, como había ocurrido en otras épocas de la historia. El filósofo Juan José Sebreli en su obra *La era del fútbol* (1998) asegura: «[El Mundial de 1978] pasó a la historia, junto con los Juegos Olímpicos de Hitler y el mundial de Mussolini, como una de las mayores manipulaciones políticas que se hayan hecho en la historia».

Una vez finalizado el evento, prensa, radio y televisión nacionales e internacionales se hacían eco de lo que suponía la victoria mundialista para el régimen político: «El triunfo final de la selección argentina en el mundial de fútbol ha supuesto que la junta militar que dirige el general Videla haya cubierto con creces los objetivos que se propuso al emprender la organización del campeonato. Durante veinticinco días los problemas del país argentino han pasado a un segundo plano y el título mundial conseguido por su selección los mantendrá ocultos por más tiempo aún».

Años después Carlos Ferreira dedicaba unos versos en la poesía *Mundial* para explicar lo allí ocurrido: «Aquello fue mundial. / Hicimos pelota nuestros miedos, / le pusimos un caño a los horrores, / apartamos de taquito la miseria, / gritamos el horror como si fuera un gol, / eludimos la angustia, / gambeteamos el nudo que nos poblaba el vientre. / Desde el fondo de los ríos, / desde alguna fosa tan común / que ya no importa, / los destrozados muertos vinieron a llorar / la inexplicable fiesta. / Cuando bailamos en aquellos días, / qué dulce fue el mareo del engaño, / cuántas ganas de ignorarlo todo, / de creer que había vuelto / el perfume de las buenas cosas. / Lo malo fue el final, / indigno y torpe: / aquellos cadáveres volviendo / al lecho de los ríos, / a las comunes fosas / meneando las cabezas, / canturreando una canción de olvido. / Y nosotros allí, con esos bombos, / con esas insensatas banderas sudorosas, / con el mundo al revés, / hechos pelota».

Al año siguiente del éxito del Mundial, en 1979, Argentina, encabezada por un joven Diego Armando Maradona de 18 años, que había sido excluido a última hora de la lista de convocados para el Mundial de Argentina, se proclamó campeona del mundo sub-20 en Tokio (Japón).

El torneo coincidió con una visita a la capital bonaerense de una delegación de la Organización de Estados Americanos (OEA) con la misión de recabar datos en materia de derechos humanos en el país.

La final del campeonato se jugó el 7 de septiembre y Argentina tuvo como contrincante a la Unión Soviética. El partido se resolvió por 3 goles a 1 para los sudamericanos y Maradona resultó ser la revelación del campeonato. El partido concluyó, según se había dispuesto, una hora antes de que se diera autorización a los representantes OEA a abrir sus oficinas a pocos metros de la Plaza de Mayo, donde se levanta la casa de Gobierno. Cuando la OEA se disponía a escuchar las declaraciones de los parientes de los desaparecidos, en la televisión estatal brilló, al estilo del mundial de 1978 el titular «¡Argentina Campeones!».

En los medios de comunicación hábilmente manejados desde arriba se invitaba a los argentinos a tomar las calles y demostrar «a esos hombres de la Comisión de Derechos Humanos qué es la Argentina real» y celebrar «esta magnífica victoria para la nación»<sup>45</sup>. Inmediatamente una colmena de periodistas se desplazó a casa del héroe nacional para entrevistar a su madre y al resto de la familia y transmitir al mundo la felicidad del pueblo argentino.

Mientras las multitudes se agolpaban en los alrededores de la Plaza de Mayo para festejar la victoria y gritaban «¡Maradona! ¡Maradona!», los familiares de los desaparecidos que habían estado esperando desde primera hora de la mañana para hablar con los miembros de la OEA pasaban desapercibidos para las cámaras y micrófonos que seguían las celebraciones de la muchedumbre.

Cuando la selección regresó al país, los integrantes del equipo fueron recibidos en la Casa Rosada por el presidente de la junta, que les felicitó calurosamente en un evento retransmitido en directo por televisión. El periodista francés Jean Pierre Bousquet describió este episodio como «uno de los más vergonzosos en los anales del periodismo de radio y televisión en Argentina»<sup>46</sup>.

Tres años después, el 2 de abril de 1982, durante la invasión argentina para recuperar la soberanía de las Islas Malvinas (Falkland Islands), último episodio en la vida de la junta, la televisión pública entrecortaba las imágenes en directo de la intervención de las tropas militares con otras de la victoria de Argentina en el Mundial de 1978. Antes de la ocupación el plantel de la Copa del Mundo –ya junto con Maradona– apoyó la causa militar posando para una fotografía del equipo detrás de una bandera que decía: «¡Las Malvinas son argentinas!». Tras varios esfuerzos diplomáticos frustrados, la Armada británica llegó al Atlántico sur y comenzaron los bombardeos. El fin de las hostilidades cesó con la rendición de Argentina el 14 de junio.

La derrota contra los británicos, que supuso la caída del Gobierno militar, dio pie a una revancha cuatro años más tarde en el partido de cuartos de final entre ambas selecciones

en el mundial de 1986. La segunda parte de la Guerra de las Malvinas tenía como escenario el Estadio Azteca de Ciudad de México. Nunca un partido, con excepción del Honduras-El Salvador de 1969, que acabó en la Guerra del Fútbol, había despertado tanto interés político.

El partido no dejaba indiferente a nadie y los titulares de la prensa especializada apuntaban: «Algo más que un partido de fútbol». Antes del encuentro, sin embargo, las partes implicadas quisieron despolitizarlo. Los embajadores de ambos países se habían puesto en contacto y el presidente argentino, Raúl Alfonsín, telefonó al seleccionador argentino, Carlos Bilardo, el Narigón, para que junto con el técnico inglés, Bobby Robson, quitaran hierro al partido. Así lo hicieron.

A pesar de esa apariencia de normalidad la realidad era otra bien distinta. Maradona, principal forjador de aquella victoria con dos goles, recordaba este partido de la siguiente manera: «[Era como jugar] una final, [...] por todo lo que representaba [...]. Porque era como ganarle más que nada a un país, no a un equipo de fútbol [...]. Nosotros decíamos antes del partido que el fútbol no tenía nada que ver con la Guerra de las Malvinas, [...] pero eso era mentira [...], no hacíamos otra cosa que pensar en eso [...]. Era más que ganar un partido, era más que dejar afuera del Mundial a los ingleses. Nosotros de alguna manera hacíamos culpables a los jugadores ingleses de todo lo sucedido, de todo lo que el pueblo argentino había sufrido. Sé que parece una locura, un disparate, pero eso era de verdad lo que sentíamos. Era más fuerte que nosotros: estábamos defendiendo nuestra bandera, a los pibes muertos, a los sobrevivientes».

En 1958 Brasil había levantado su primer título como campeón del mundo en Suecia. Cuatro años después, antes de partir a Chile, donde debía disputarse la nueva edición del mundial, los jugadores cariocas fueron recibidos por el presidente del país, João Goulart, quien les despidió con éstas palabras: «Deben conservar esta copa, porque es el orgullo de todo el país. Ella hace olvidar las dificultades económicas a nuestros compatriotas y vale más que cualquier riqueza». La selección cumplió su papel y revalidó el título.

Una década más tarde la victoria de Brasil en el Mundial de México de 1970 también fue aprovechada por el Gobierno como bandera política. El presidente militar de la República, Emilio Garrastazu Médici, declaraba con ocasión de este triunfo: «Identifico esta victoria, ganada mediante la hermandad de la buena deportividad, con el aumento de la fe en nuestro desarrollo nacional». Los exiliados políticos, por su parte, se lamentaban del triunfo: «La derecha militar tiene asegurados por lo menos cinco años de gobierno sin que nadie le importune». Para conmemorar la victoria se mandó componer una marcha, *Pra frente Brasil*, en honor de la selección que más tarde se convirtió en la música del Gobierno durante los actos oficiales. En la década siguiente al Mundial se ordenó poner el rostro de Pelé en vallas publicitarias con el lema «¡A Brasil no hay quien lo pare!». El jugador se convirtió para el régimen en figura simbólica de este auge, lo que los economistas llamaban el milagro brasileño, una prueba de que el país sudamericano podía convertirse en una potencia internacional de primer orden.

Cuando la selección *canarina* se alzó con su quinto título mundial en 2002 en Japón y Corea, de regreso al país carioca y una vez que se hubo alcanzado el espacio aéreo brasileño, cinco cazas del ejército –uno por cada una de las copas conquistadas– acudieron

a recibir al avión que transportaba a la expedición sudamericana y comenzaron a hacer piruetas y lanzar humo hasta escribir en el cielo el mensaje *E penta*. En un discurso repleto de solemnidad el comandante de la escuadrilla dedicó unas palabras a todo el equipo nacional: «Vosotros sois los guerreros de nuestro país, el orgullo brasileño, los representantes de nuestra patria. Nosotros pilotamos los cazas del ejército, pero los que tiráis las bombas sois vosotros»<sup>47</sup>.

En Uruguay, otro país donde el balompié adquiere connotaciones especiales, los éxitos conseguidos por la selección nacional a principios del siglo XX permitieron al país reforzar su identidad nacional.

En la edición de los Juegos Olímpicos de París (1924) la selección charrúa conquistó la medalla de oro, lo que valió al país para situarse a la altura de las grandes potencias: «Con esta victoria Uruguay ha entrado en la geografía del mundo»<sup>48</sup>. A su llegada al puerto de Montevideo los jugadores fueron recibidos como símbolo de la nacionalidad. El diario *El Día* recogía en sus páginas: «Vosotros sois el Uruguay. Sois ahora la patria, muchachos. Sí, sí, han comprendido. Se yerguen todos, avanzan gallardos, decididos echando afuera los pechos vigorosos. Viendo por fin erguida, allá en lo alto, meciéndose orgullosa empapada en el azul del espacio recibiendo del sol sus chorros de oro el emblema de aquel puntito casi invisible en el mapa que se ha ido agrandando, agrandando»<sup>49</sup>.

Cuatro años más tarde, esta vez en Ámsterdam, la historia volvió a repetirse: «¡Uruguay para el mundo!», afirmaban los ciudadanos uruguayos. En 1930 el país se convirtió en anfitrión y campeón del primer campeonato del mundo de naciones, con lo que consolidó su hegemonía futbolística. El defensa José Nazzari, capitán de la selección celeste y artífice de las tres gestas, llegó a afirmar: «La selección nacional es la propia patria»<sup>50</sup>.

El tercer puesto alcanzado por Chile en el mundial de 1962, tras Brasil, primer clasificado, y Checoslovaquia, segundo, dio un nuevo aire al país: «Los años sesenta nos pusieron alas en los pies». El orgullo nacional emergió del éxito deportivo de la selección nacional chilena, algo de lo que carecía el país antes de la celebración del mundial: «Si algo le ha faltado siempre a este país en este siglo son triunfos, momentos heroicos con el nombre del país en las gargantas de la multitud, orgullo nacional». El fútbol permitió alcanzar este objetivo.

Diez años después del término de la Segunda Guerra Mundial la victoria de Alemania frente a Hungría en la final del Mundial de 1954 en Suiza ayudó al país a resucitar el orgullo y el patriotismo pocos años antes diezmados en el conflicto bélico.

En septiembre de 2001, cuando la selección alemana fue derrotada por la inglesa por 5-1 en partido clasificatorio para el mundial de 2002, un periodista del diario alemán *Frankfurter Allgemeine* lamentaba cómo el país estaba perdiendo los dos símbolos de fortaleza de las últimas décadas: la moneda alemana, el marco, con la llegada del euro; y el aura de invencibilidad del equipo alemán de fútbol, que había cosechado tres títulos mundiales (1954, 1974 y 1990), tres subcampeonatos (1966, 1982 y 1986) y un tercer puesto (1970), además de tres Copas de Europa de Selecciones (1980, 1988, 1996), que había dado lugar a la siguiente mítica frase del ex futbolista inglés Gary Lineker: «El fútbol es un deporte en el que juegan once contra once y donde siempre gana Alemania».

No obstante, si los alemanes se sirvieron del balón para recuperar su orgullo, los ingleses lo utilizan como instrumento de reacción contra los germanos. En los partidos entre ambas selecciones es frecuente escuchar en las gradas de los estadios cánticos referidos a las disputas bélicas al grito de «dos guerras mundiales y un campeonato del mundo» [*two world wars and one world cup*] en referencia a la final de 1966 entre ambas selecciones disputada en el mítico Estadio de Wembley y que se resolvió a favor de los ingleses con un resultado final de 4 goles a 2. La prensa británica recogió en portada esta gesta –símbolo de la caída de la Alemania nazi– con el retrato de los jugadores de la selección inglesa vestidos con el uniforme militar nacional.

El 12 de julio de 1998 más de un millón de personas inundaron los Campos Elíseos de la capital francesa. La victoria de la selección francesa contra el país carioca en la final de la Copa del Mundo en Saint-Denis dio lugar a la mayor celebración en la historia de Francia desde la liberación de París en 1944. Con motivo de esta victoria el semanal británico *The Economist* recogía en sus páginas un artículo titulado «A political game» [Un juego político], que decía así: «Cuando la selección nacional lo hace bien, los políticos de cualquier tendencia política no pueden resistirse a proyectar las virtudes del equipo nacional sobre el país. La victoria de la selección francesa en 1998 fue utilizada como ilustración perfecta de lo que el ex presidente Jacques Chirac llamó “Una Francia que gana”»<sup>51</sup>.

En un país donde los partidos de extrema derecha encabezados por el Frente Nacional de Jean-Marie LePen obtuvieron el 15% de los votos, los partidos más liberales pusieron el énfasis en la naturaleza multirracial del equipo compuesto mayoritariamente por jugadores con orígenes lejanos a la metrópoli: Zinedine Zidane, descendiente de argelinos; Marcel Desailly, de Ghana; Patrick Vieira, de Senegal; Christian Karembeu, de Nueva Caledonia; Lilian Thuram, ciudadano de la Isla Guadalupe; Youri Djorkaeff, mezcla de armenio y ruso. «¿Qué mejor imagen podría haber de nuestra unidad y diversidad que este magnífico equipo?», se preguntaba Lionel Jospin, entonces primer ministro francés.

Los partidos entre Alemania y Holanda –país donde se refugiaron muchos judíos perseguidos por el nazismo– también adquieren una trascendencia especial, mucho más aún tras la derrota de la *naranja mecánica* de Johan Cruyff contra los germanos en la final del Mundial de 1974 por 2 goles a 1.

Durante los años sesenta Holanda más que ninguna otra nación europea respaldó a Israel y defendió el Estado judío en la ONU, lo que ayuda a entender mejor lo que este tipo de encuentros significa. Simon Kuper en sus libros *Ajax: the Dutch, the war. Football in Europe during the Second World War* (2003) y *Football against the enemy* (1994) aborda esta cuestión en profundidad. En este último texto denomina a los partidos que enfrentan ambas selecciones como «los de mayor rencor del fútbol europeo».

Cuando la selección naranja derrotó a la germana en las semifinales de la Eurocopa de 1988 por 2 goles a 1, el 60% de los ciudadanos holandeses tomó las calles para festejarlo. Se publicó un libro de poesía para conmemorar la victoria en el que poetas y futbolistas compartieron esfuerzos y donde casi todas las estrofas hacían referencia a la guerra.

No hay que olvidar que el equipo más venerado de Holanda, el Ajax de Ámsterdam, ha sido tradicionalmente calificado como club judío, ya que en sus inicios los primeros afi-

cionados pertenecían a la burguesía judía, hecho que adquirió un significado mayor después de 1945. Además, en la década de los sesenta en la capital holandesa fueron elegidos varios alcaldes judíos. Para David Winner, autor de *Brilliant orange: the neurotic genius of Dutch Soccer*, la actitud del Ajax fue «un acto inconsciente de solidaridad posholocausto con los judíos asesinados y desaparecidos».

Los mundiales, debido a la cobertura mediática que tienen, son con diferencia el lugar donde los resultados deportivos –positivos o negativos– tienen mayor alcance político. Esta relación entre el poder político y el fútbol se hizo especialmente palpable durante la celebración del Mundial de Japón y Corea del Sur de 2002.

En Arabia Saudí el fútbol desempeña un papel destacado en la población, ya que éste es uno de los pocos espectáculos autorizados por un régimen para el que el respeto a la ley islámica debe ser muy estricto. La derrota del país árabe contra Alemania por 8 goles a 0 en partido de la primera fase del campeonato fue interpretada por sus dirigentes políticos como una deshonra nacional. El ministro de Defensa, el príncipe sultán Ben Abdel Aziz, reprendió entonces a los jugadores e hizo un llamamiento «a hacer todos los esfuerzos para evitar otra humillación y para dar una imagen positiva del país».

En la República Popular China se vivieron episodios similares durante el certamen. El Partido Comunista de China, previendo que las posibles críticas al juego de la selección podrían ser interpretadas como manifestaciones de desacuerdo al poder, envió un comunicado a los medios de comunicación en el que se les indicaba que se abstuvieran de hacer críticas al juego de la selección.

El Mundial de 2002 coincidió con la Cumbre de Alimentación de la Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), celebrada en Roma entre los días 10 y 14 de junio, con el objetivo de encontrar soluciones a los problemas del hambre en el mundo. En aquella ocasión el fútbol se convirtió en centro de atención del evento, entre otros motivos cuando el primer ministro italiano, Silvio Berlusconi, se ausentó de una de las reuniones programadas para seguir por televisión un partido de la selección de su país.

En este mismo escenario el presidente de la República de Sudáfrica, Thabo Mbeki, pidió explícitamente al entonces presidente del Gobierno español, José María Aznar, un empate entre sus respectivas selecciones para acceder ambas a la segunda fase del Mundial.

Finalizado el campeonato del mundo, el entonces secretario general de la ONU, Kofi Annan, mostró su satisfacción por los resultados del campeonato, que calificó como el «mundial de los desfavorecidos» por el buen papel realizado por las selecciones de Turquía (que llegó hasta semifinales) y Senegal (hasta cuartos).

Días más tarde la Cumbre Europea de Jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Europea (UE), celebrada en Sevilla entre los días 21 y 22 de junio –calificada posteriormente como la cumbre futbolística– también estuvo marcada en muchos aspectos por tintes balompedísticos. En este caso fue el entonces canciller alemán Gerard Schröder quien prefirió –al estilo Berlusconi– seguir por televisión el partido de la selección teutona

contra Estados Unidos en vez de asistir al debate con sus homólogos sobre las reformas comunitarias.

En Italia, un país donde históricamente el fútbol y la política han estado estrechamente unidos, las implicaciones políticas del mundial encendieron las enemistades entre los distintos grupos políticos. La eliminación inesperada en octavos de final ante Corea del Sur por 2 goles a 1 y las polémicas decisiones arbitrales adquirieron el tono de cuestión de Estado e incluso llegaron al Parlamento. En la Cámara italiana todas las fuerzas políticas pidieron de manera unánime la dimisión del presidente de la federación de fútbol, Franco Carraro, por no haber sabido defender los intereses del país ante la FIFA.

Marco Rizzo, portavoz de los comunistas en la Cámara, afirmó: «Lo que ha ocurrido en este Mundial demuestra la grave inconsistencia de nuestro país en el terreno internacional». El ex presidente de la República Francesco Cossiga sugirió que Italia abandonase las competiciones internacionales si no existían las suficientes garantías de imparcialidad de los árbitros. Y los diputados de Forza Italia abogaron porque Berlusconi asumiese el mando de la federación de fútbol como forma de devolver el orgullo a la nación.

La pronta eliminación de Francia a manos de los daneses fue aprovechada por los dirigentes de extrema derecha para desprestigiar la concepción multirracial francesa que había representado a la selección y que tanto éxito había tenido cuatro años antes. Éstas eran las palabras de Jean-Yves Le Gallou, número dos del Movimiento Nacional Republicano (MNR): «El resultado ridículo y humillante de Francia acaba con la propaganda inmigracionista desencadenada durante el Mundial de 1998». Y añadió: «La victoria de Dinamarca es simbólica, ya que es un equipo europeo y enraizado, que defiende los colores de un país que ha recuperado el orgullo nacional, que elimina a una Francia gris y ficticia. Además, acaba con el dogma de la superioridad de las sociedades multiétnicas».

En Turquía el Gobierno proclamó fiesta nacional el día que su selección disputaba la semifinal contra Brasil. Una vez concluido el encuentro, en el que los otomanos fueron derrotados 2-1 tras un penalti injusto señalado por el árbitro coreano Young Joo Kim, el presidente de la federación de fútbol turca, Hakok Ulusoy, reaccionaba con estas duras palabras: «Durante la guerra de 1950 a 1953 Turquía sacrificó a un millar de soldados turcos para defender a los coreanos. Y anoche un coreano mató a setenta millones de turcos».

En México su entonces presidente, Vicente Fox Quesada, tras el empate a 1 de su selección contra Italia que garantizaba el pase a la segunda ronda, daba una conferencia de prensa con la camiseta del equipo. Previamente había convocado a su Gabinete en el Palacio de los Pinos a las 6.30 horas para seguir el partido.

Lo más anecdótico del Mundial de 2002 fue, sin embargo, el alcance político que tuvo en países ausentes del campeonato. En Bolivia, que vivía unas elecciones generales, hubo que demorar la apertura de los colegios electorales ante el temor de que la retransmisión televisiva de la final del Mundial entre Brasil y Alemania provocase una baja participación electoral.



En la India el Partido Comunista Indio Marxista convocó manifestaciones contra las autoridades con motivo de la retransmisión de la copa del mundo por un canal televisivo cuya señal no era captada en todo el país.

En Israel el diario *Yediot Aharonot* publicó un artículo donde se manifestaba expresamente el deseo de un triunfo mundialista por un país aliado de Israel, entre los que nombraba a México, Costa Rica, Ecuador y Estados Unidos, alegando que los demás representantes habían hecho algún agravio contra el pueblo judío o al Estado de Israel. La goleada alemana encajada por la selección saudí en partido de la primera fase era comentada así: «No nos saben nada mal los ocho goles marcados por los alemanes a los saudís durante el partido que ha enfrentado a los descendientes de nuestros antiguos genocidas con los que hoy sueñan con exterminarnos».

Para los países que carecen de un estatus consolidado en el escenario político internacional, el fútbol —y especialmente los mundiales— brinda una ocasión inmejorable para acrecentar su imagen y credibilidad como nación. El campeonato del mundo es un magnífico escaparate para aquellas comunidades en proyecto cuya existencia nacional no está legalmente reconocida y cuyo sentimiento nacional es débil o está amenazado.

En muchos casos se identifica el poder político internacional de una nación con su credibilidad futbolística de tal modo que las victorias o las derrotas ayudan a ensalzar o deprimir la imagen de un país entre los mandatarios extranjeros. George Orwell, en *El espíritu deportivo* (1945), decía: «En el nivel internacional el deporte es francamente una guerra fingida. Pero lo significativo no es la conducta de los jugadores, sino la de los espectadores, la de las naciones que sienten furia ante estas competiciones y creen seriamente —en cualquier caso, por cortos períodos de tiempo— que correr, saltar y patear un balón son pruebas de la virtud nacional»<sup>52</sup>.

Así lo recogía un periodista durante el mundial de Alemania de 2006: «La Copa del Mundo es el mejor acontecimiento deportivo del planeta: no respeta las jerarquías tradicionales y es un poderoso disolvente de las barreras nacionales. Aún en su fase inicial, esta Copa del Mundo va confirmando en Alemania que países con economías minúsculas y escasa influencia geopolítica pueden jugar de tú a tú con las grandes potencias. Trinidad y Tobago, país de poco más de un millón de habitantes, con un PIB de apenas 13.000 millones de dólares, consiguió un inesperado empate contra Suecia, que es treinta veces más rica y posee una larga historia futbolística. Ecuador, que sólo había participado en una Copa del Mundo, derrotó a Polonia, un equipo con prosapia que además fue uno de los mayores goleadores de las rondas clasificatorias de Europa. Por no mencionar a Costa de Marfil, ahora una luminaria internacional, pese a sus dos ajustadas derrotas contra Argentina y Holanda [...]. Muchos recién llegados han marcado el fútbol de las últimas décadas. La victoria de Argelia ante Alemania Occidental en 1982, el pase de Camerún a los cuartos de final en 1990, la llegada de Croacia a semifinales en 1998, el triunfo de Senegal ante Francia en 2002 y la presencia de Togo en Alemania en 2006 subrayan la naturaleza sediosa e iconoclasta del fútbol, un juego en que el poder escapa al control de cualquier nación o cartel»<sup>53</sup>.

Para los países africanos el fútbol es una vía de ganarse el respeto que no pueden alcanzar en otras esferas. La victoria de Camerún por 1 gol a 0 en el partido inaugural del Mundial

de Italia de 1990 contra la campeona del mundo, Argentina, sirvió al país para concentrar la atención de las grandes potencias. El veterano Roger Milla, capitán y estrella del equipo, recordaba cómo la imagen del evento que tenía más presente era la del presidente del país, Paul Biya, dándose la mano y siendo felicitado por los jefes de Gobierno de otros estados después del partido.

La buena actuación de Senegal en su primera participación mundialista en el Mundial de 2002, tuvo repercusiones políticas muy positivas. El mensaje del presidente del país, Abdoulaye Wade, a sus jugadores antes de partir a Asia había sido claro: «Id y conquistad el mundo». La victoria del país africano en el partido de bienvenida del certamen contra Francia –la vigente campeona en ese momento– adquirió un cierto sabor a venganza, ya que el país había sido colonia francesa hasta que en 1960 se proclamó república independiente con Léopold Sedar Sengho como primer presidente. El éxito senegalés fue celebrado por todo lo alto y Wade concedió fiesta nacional para conmemorar el acontecimiento. El diario de Dakar *Wal Fadjri*, destacó el triunfo del siguiente modo: «El fútbol, patria de todos los desheredados del planeta, continúa siendo una vitrina esencial para aquellos que no quieren morir en la insignificancia»<sup>54</sup>.

El presidente senegalés ya había hecho del fútbol su bandera cuando después de la clasificación de la selección para el Mundial popularizó, al estilo del ex presidente francés Jacques Chirac en 1998, el lema «El Senegal que gana». El acceso a la fase final del Mundial desató una especie de pasión colectiva que provocó que los jugadores, acompañados desde el aeropuerto hasta el centro de Dakar por el presidente y la multitud que se agolpaba en las calles, tardaran más de cuatro horas en recorrer 25 kilómetros de trayecto.

Nigeria, país africano que había pertenecido al imperio británico durante el siglo XIX y principios del XX y que también obtuvo su independencia en 1960 con Nnambi Azikiwe como primer presidente, quiso emular a los senegaleses en su partido contra la selección inglesa. Nwankwo Kanu, el jugador nigeriano más emblemático de la selección, militante en equipos como el Ajax, el Inter o el Arsenal, admitía: «Por Nigeria y por nuestros aficionados es muy importante dejar afuera a los ingleses»<sup>55</sup>; una especie de desvinculación política definitiva a través de la victoria deportiva.

En la República de Armenia, otro país duramente azotado por los conflictos políticos que desembocaron en la sangrienta guerra de Nagorno Karabagh a finales de la década de los ochenta, el 21 de septiembre de 1991 los ciudadanos armenios votaron a favor de la independencia. Dos días más tarde se declaraba a Armenia Estado soberano e independiente de la Unión Soviética. En las primeras elecciones democráticas, Levón Te-Petrosian fue elegido presidente de la nueva república que en 1992 entraba a formar parte de Naciones Unidas. En 1995, una vez restablecida la calma y con la vuelta del equipo nacional a las competiciones internacionales, el secretario general de la Federación Armenia de Fútbol, Pavel Katchatryan, declaraba para el *Internacional Herald Tribune*: «Después de todo lo que ha pasado, la pérdida de tantas casas y de tantas vidas, los hombres en el vestuario tienen la posibilidad de ser un país». El periodista del diario norteamericano refiriéndose a los dos empates conseguidos por el equipo armenio contra Irlanda del Norte y Portugal subrayaba: «Los puntos son oro para los países que vuelven a nacer. Simbolizan la nación y compran su reconocimiento. Son una fuente de orgullo».

También Yugoslavia respiraba tranquila después de que la FIFA le autorizase de nuevo en diciembre de 1996 su vuelta a las competiciones internacionales tras haber sido

excluida en 1992 de participar en la Eurocopa de Dinamarca debido al conflicto bélico desatado en la zona. El entrenador nacional, Miljan Miljanic, manifestaba en *L'Equipe Magazine*, lo que este retorno significaba para la nación: «Tiene un gran significado político para nuestro país [...]. Hay que olvidar el pasado. Habíamos sido víctimas de un terrorismo político contra los jugadores, el fútbol y el juego. Éramos rehenes, pero se ha acabado. Tenemos la sensación de haber sido salvados».

## 4. El fútbol como medio de expresión de las diferencias políticas

El fútbol permite cabalgar por las siempre arenas movedizas de la política. El diario francés *Le Monde* calificó al fútbol como «un derivado de la pasión política»; el periódico londinense *The Times*, poco antes de la semifinal de la Eurocopa de 1996 entre las potencias de Inglaterra y Alemania, lo definió como «la continuación de la guerra por otros medios»; y el novelista estadounidense Paul Auster como «un milagro a través del cual Europa encontró una forma de odiarse sin destrozarse»; el terreno perfecto para la afirmación de identidades colectivas y de los antagonismos locales o regionales.

En algunos casos se puede afirmar que existe una analogía entre el terreno político y el terreno de juego deportivo, entre los partidos políticos y los equipos de fútbol. En Uruguay los dos equipos de la capital, el Nacional y el Peñarol de Montevideo, son el reflejo de esa simbología: «El fútbol ha influido en nuestra cultura más hondamente que el cisma de la Iglesia [...]; ha prendido entre nosotros la dualidad Nacional-Peñarol y es seguramente esta forma bipolar de organizar las pasiones la que ha mantenido los dos grandes partidos [blanco y colorado] de nuestra política»<sup>56</sup>.

En Checoslovaquia (desde 1993, República Checa y Eslovaquia) los frecuentes enfrentamientos en los graderíos entre los aficionados checos, del Sparta de Praga, y los partidarios eslovacos, del Slovan de Bratislava, eran una señal premonitrice de la futura división del país. En la antigua URSS la violencia de carácter nacionalista era frecuente en los choques entre clubes de repúblicas diferentes. Así, los encuentros entre el Spartak de Moscú y el Dínamo de Kiev o el Dínamo de Tbilisi daban lugar a tumultos y a manifestaciones después del partido. En Budapest, la capital de Hungría, las disputas entre los seguidores del Ferencvaros, antisemitas, y los del MTK Hungría, de corte judío, también tienen historia. Lo mismo ocurre en Bulgaria con los derbis entre el CSKA, equipo del ejército, y el Levski, club de la policía.

En definitiva, los estadios de fútbol representan en ocasiones el escenario simbólico donde las partes buscan resolver sus diferencias políticas.

### 4.1. El caso irlandés: Celtic frente a Rangers

Probablemente «es el derbi más antiguo del mundo y también uno de los más calientes. Desde el siglo XIX Celtic y Rangers, católicos y protestantes, separatistas y unionistas,

protagonizan un enfrentamiento que divide en dos Escocia y que trasciende a todos los ámbitos de la vida del país»<sup>57</sup>.

El caso irlandés es ampliamente abordado en dos obras del académico australiano Bill Murray: *The Old Firm: sectarianism, sport, and society in Scotland* (1984) y *The Old Firm in the new age: Celtic and Rangers since the Souness Revolution* (1988).

En la ciudad escocesa de Glasgow, con un elevado número de habitantes de origen irlandés, dos equipos, el Celtic –que representa a los católicos irlandeses– y el Rangers –que simboliza a los protestantes– se sirven del fútbol para resolver sus diferencias derivadas de la inacabada Reforma protestante.

Los seguidores católicos utilizan sus canciones en Celtic Park para culpar a los británicos de la hambruna que arrasó Irlanda a mediados de 1840 por las malas cosechas de patata<sup>58</sup>, y sus partidos han sido históricamente una vía para que el Irish Republic Army, Ejército Republicano Irlandés (IRA), reclutase seguidores.

En el otro lado los simpatizantes del Rangers acuden al estadio de Ibrox Park con pancartas que contienen mensajes a favor del Ulster Volunteer Force (Fuerza Voluntaria del Ulster) y de la Ulster Defense Association (Asociación de Defensa del Ulster), los paramilitares protestantes de Irlanda del Norte.

Antes del comienzo de cada encuentro los aficionados del Rangers vestidos de color naranja entonan cánticos desafiantes: «La sangre de los fenianos nos llega hasta las rodillas» o «si odiáis a los malditos fenianos, dad palmas», letras que hacen referencia a Guillermo de Orange, el rey Billy, artífice de la victoria protestante en la Batalla del río Boyne que sirvió para derrotar al católico Jacobo II en 1690.

El derbi entre ambos clubes –conocido como *Old Firm* [Vieja Empresa], porque las diferencias religiosas son rentables para ambos equipos, ya que muchas personas se han convertido en seguidores para secundar sus creencias– suelen acabar con enfrentamientos, peleas y numerosos heridos. Durante esos fines de semana los ingresos en los servicios de urgencia de la ciudad se multiplican por nueve. El balance del 2 de enero de 1971 fue de 66 muertos y un centenar de heridos<sup>59</sup>: «Todos los partidos entre Rangers y Celtic se juegan los domingos al mediodía, intentando evitar así que los aficionados hayan bebido alcohol antes del choque (dentro del estadio está completamente prohibido) y que se produzcan menos peleas. El Gobierno escocés está interviniendo en los últimos tiempos para acabar con lo que considera una vergüenza nacional que se exporta a todo el mundo a través de la televisión»<sup>60</sup>.

La enemistad entre el Celtic y el Rangers se remonta al siglo XVI. La Reforma protestante iniciada por Martín Lutero (1483-1546) y continuada por Juan Calvino (1509-1564) se impuso de manera más radical en Escocia que en otros países europeos como Alemania, Suiza o Países Bajos. Cuando los discípulos de John Knox (1514-1572) se extendieron hacia el norte desde Glasgow y Edimburgo, asaltaron de manera violenta las zonas en las que los católicos estaban asentados e hicieron uso en algunos casos de la limpieza étnica.

Tres siglos después de la Reforma los católicos comenzaron a expandirse progresivamente. Con la plaga de la patata muchos católicos irlandeses se vieron obligados a emigrar a Glasgow. Eran aquellas personas con menos recursos que no tenían dinero para pagarse un billete con destino a Boston o Nueva York. Marginados y excluidos por el resto de la sociedad protestante crearon una especie de *apartheid* con sus propias escuelas y empresas.

En 1888 el padre Walfrid, director del colegio marista de Glasgow, situado en la zona de la ciudad con mayor población irlandesa, creó un club de fútbol para la comunidad católica instalada en la ciudad, el Celtic: «A finales del siglo XIX los católicos tenían buenas razones para inquietarse por la influencia de los misioneros protestantes, cuyos comedores benéficos y riquezas les permitían evangelizar dentro de los reductos católicos. Las instituciones católicas tenían que llenar el tiempo libre de sus jóvenes o de lo contrario lo harían los protestantes. Además, un club de fútbol triunfador, pensó Walfrid, podría acabar con la inferioridad católica»<sup>61</sup>.

El equipo del Celtic comenzó entonces a ganar campeonatos, lo que no sentó nada bien entre la Escocia protestante, que empezó a incomodarse y pensó que era necesario recuperar su orgullo. El Rangers se convirtió entonces en el vehículo a través del cual los escoceses proyectaron sus esperanzas y aspiraciones como comunidad. Los éxitos futbolísticos pronto adquirieron connotaciones distintas a las deportivas. No obstante, si bien los partidos entre ambos equipos eran de una fuerte rivalidad, no tenían carácter violento. Con el paso del tiempo, sin embargo, la situación cambió. A inicios del siglo XX Alemania y Estados Unidos tomaron el relevo a Gran Bretaña en el proceso industrializador, con lo que la economía escocesa comenzó a resentirse y entró en una fuerte depresión. En este contexto hubo que buscar un culpable y el *Old Firm* se envenenó dando lugar a violentos enfrentamientos entre los *Billy Boys*, del Rangers, y los *McGrory Boys* y *McGlynn Push*, del Celtic.

Las diferencias entre ambos equipos se trasladaron también a su política directiva, de manera especialmente radical en el caso del Rangers. En torno a la Primera Guerra Mundial el equipo decidió incorporar a sus filas sólo protestantes, medida que iba desde los jugadores hasta los conserjes. Además, el club negaba toda oportunidad de ascenso a aquellos gerentes que contraían matrimonio con mujeres católicas. La historia del club refleja su filosofía anticatólica: «Un club protestante para gente protestante».

Esta política se mantuvo hasta 1989, cuando el nuevo presidente, David Murray, decidió fichar a un católico ex céltico, Maurice Johnston. La medida pretendía responder al creciente proceso de mercantilización que empezaba a mostrar el fútbol europeo y a la necesidad de competir por el talento internacional para así poder plantar cara a los mejores clubes del continente. Los fines económicos tenían más peso que los religiosos y políticos.

La decisión no fue del agrado de la afición, que intentó boicotear la medida de la directiva: «Los aficionados se congregaron fuera del Ibrox para quemar bufandas y carnes del Rangers y extender coronas de flores para llorar la muerte de la identidad protestante del club. En Irlanda del Norte los clubes de aficionados aprobaron una resolución que prohibía viajar a Glasgow para asistir a los partidos y boicoteaba la compra de productos

del Rangers»<sup>62</sup>. Algunos hinchas incluso planearon asesinar a Johnston: «A fin de mantener con vida a su nuevo fichaje el Rangers lo trasladaba cada noche de Glasgow a Londres en un avión chárter. Más tarde Johnston se mudó a una casa segura situada en las afueras de Edimburgo. Finalmente a mediados de los noventa huyó de Escocia»<sup>63</sup>.

A principios del siglo XX a las diferencias de tipo religioso, que venían de lejos, se unieron las discrepancias políticas con la Guerra Anglo-Irlandesa (1919-1921): «Y por si le faltaba pólvora a un partido que ya combinaba deporte y religión, poco después se unió al cóctel la cuestión política. El sectarismo en la ciudad y en todo el país fue creciendo hasta 1921, cuando Irlanda logró la independencia tras siglos de lucha y negociación con Inglaterra, y las aficiones de ambos bandos se alinearon: la del Celtic a favor de la postura independentista irlandesa, y la del Rangers con los unionistas que querían que Irlanda siguiera estando bajo dominio inglés»<sup>64</sup>.

En el ámbito estrictamente deportivo, la rivalidad entre ambos equipos ha tenido resultados bastante parejos en la liga escocesa, aunque en la esfera internacional el Celtic puede presumir de tener en sus vitrinas una Copa de Europa ganada en 1967 tras derrotar al Inter de Milán en la final. Por su parte, el currículum internacional del Rangers se resume únicamente en una Recopa obtenida en 1972 tras vencer al Dínamo de Moscú.

## 4.2. El caso yugoslavo: Estrella Roja de Belgrado frente a Dínamo de Zagreb

En la antigua Yugoslavia el enfrentamiento etno-político en 1990 entre los seguidores del Estrella Roja de Belgrado –club más popular de Serbia– y los del Dínamo de Zagreb –el más representativo de Croacia– fue el antecedente de una de las guerras más cruentas de la historia contemporánea.

Uno de los autores que mejor ha diseccionado este tema es el antropólogo serbio Ivan Colovic en su obra *Politics of identity in Serbia: essays in political anthropology* (2002).

En la temporada 1990-1991 el Estrella Roja se alzó con el prestigioso título de la Copa de Europa, por delante de las grandes potencias futbolísticas del Viejo Continente. Una de sus estrellas, el croata Robert Prosinecki, fue fichado por el Real Madrid, donde permaneció hasta 1994. La buena actuación del equipo serbio y la diversidad de jugadores procedentes de múltiples partes del país pudieron brindar un resquicio de esperanza para limar las diferencias multiétnicas históricamente enquistadas de las seis regiones de la República Popular Federal de Yugoslavia: Serbia, Croacia, Bosnia-Herzegovina, Montenegro, Eslovenia y Macedonia.

Sin embargo, desde las oficinas del estadio del club, el Pequeño Maracaná, donde los *hooligans* más radicales del Estrella Roja –los *Ultra Bad Boys*– tenían sede, se estaba gestando la desintegración del país. El club del Estrella Roja personifica el nacionalismo serbio y es símbolo y metáfora de la caída de la antigua Yugoslavia. En torno a las filas del club rojiblanco se organizó una fuerza paramilitar integrada por los hinchas más radicales del equipo que iban a representar una pieza importante de la ofensiva del que fuera presidente de Serbia, Slobodan Milosevic.

Antecedentes de la caída de la Yugoslavia multiétnica ya existían en los estadios. El 13 de marzo de 1990 el equipo del Estrella Roja debía viajar a Croacia a disputar un partido contra el Dínamo de Zagreb. Por toda la ciudad los signos de odio y rechazo hacia sus paisanos serbios eran evidentes los días previos al encuentro, un anticipo de lo que podía suceder.

Un par de semanas antes del encuentro la población croata había elegido en las urnas al ultranacionalista Franco Tudjman, líder de la Unión Democrática Croata (HDZ), en las primeras elecciones democráticas que se celebraban en cincuenta años después de la caída del bloque soviético y la renuncia en enero de ese año por parte de La Liga de los Comunistas de Yugoslavia (SKJ) al monopolio del poder que le atribuía la Constitución de 1974 en favor de un sistema colegiado rotatorio anualmente en la titularidad de la presidencia de la República.

La adopción por parte de Tudjman de símbolos ustachis –los fascistas croatas que colaboraron con las tropas nazis en el genocidio de serbios– desempolvó viejas enemistades nacionalistas. Después del triunfo de la dictadura comunista en 1945 el mariscal Josip Broz, Tito, había conseguido apaciguar durante más de tres décadas –hasta su muerte el 4 de mayo de 1980– los sentimientos de odio derivados de la Segunda Guerra Mundial. Durante los años cincuenta, incluso, cuando el régimen se enfrentó a Stalin, existió un elevado grado de solidaridad y cohesión interétnica en la complicada historia de la región como muestra de rechazo a la URSS. Tito advertía que si los propios yugoslavos no ponían en orden su casa, otros –refiriéndose a los soviéticos– vendrían a imponérselo por la fuerza.

Sin embargo, disuelto el comunismo, las heridas mal cicatrizadas del pasado volvían a abrirse. Serbios y croatas comenzaron de nuevo a achacarse los crímenes de guerra y exigir justicia. Una de las primeras disposiciones de Tudjman fue rebajar a los serbios en la constitución croata. En ese clima de tensión tuvo lugar la celebración del partido entre el Dínamo y el Estrella Roja. A mitad del encuentro el odio acumulado a lo largo de los años estalló. Los seguidores del Estrella arrancaron los tabloneros de anuncios del estadio y comenzaron a propinar gritos de rechazo a sus adversarios: «Mataremos a Tudjman». Como respuesta, los aficionados del Dínamo, habituados a gritar «Slobo [en referencia a Slobodan Milosevic], tú no escaparás al cuchillo», comenzaron a arrojarles piedras y se organizó una batalla campal en toda regla. La reyerta alcanzó a todo el estadio y las fuerzas de seguridad fueron incapaces de controlar la situación. En el césped tuvieron que aterrizar helicópteros para evacuar a los futbolistas serbios.

El desenlace no fue casual. Antes del encuentro las piedras se apiñaban en los alrededores del estadio a la espera de ser utilizadas. No quedaba duda alguna de que ambos grupos habían acudido con ganas de resolver antiguas deudas. El enfrentamiento etno-futbolístico se saldó con más de 61 heridos graves, 27 de ellos policías. La carnicería fue una señal premonitoria de lo que se venía encima y la chispa que encendía la mecha de la guerra.

No fue éste, sin embargo, el único enfrentamiento entre hinchas de fútbol de regiones diferentes. Otro altercado parecido se produjo pocos meses más tarde. El 26 septiembre de 1990 serbios y croatas se volvían a ver las caras, esta vez en la ciudad de Split

(Croacia), con motivo del encuentro entre el Haidouk de Split y el Partizan de Belgrado. En esta ocasión los hinchas del Haidouk tomaron el terreno de juego y quemaron una bandera yugoslava, lo que era una muestra más que suficiente de las diferencias existentes entre ambos bandos.

En la década de los ochenta, tras la muerte de Tito, la República Federativa Socialista de Yugoslavia (SFRJ) se había convertido en un polvorín de etnias y su unidad empezaba a estar en entredicho. En 1986 aparecieron en la prensa extractos de un memorando interno de la Academia de Arte y Ciencia de Serbia, donde se mostraba el descontento por la injusticia histórica sufrida por los serbios a los que se exhibía como víctimas del resto de grupos del país. Ello sirvió para avivar las conciencias nacionalistas sofocadas en el pasado.

Ivan Stambolic, presidente de Serbia en ese momento, condenó públicamente estos escritos advirtiendo que promovían la discordia, y envió a Slobodan Milosevic a pacificar a los serbios en Kosovo, entonces región serbia de mayoría albanesa. Éste, lejos de cumplir con su cometido, aprovechó la situación para encumbrarse como salvador de la minoría serbia en la zona, y acumuló gran popularidad explotando el nacionalismo serbio: «¡Al diablo con Yugoslavia! Construiremos una Gran Serbia», gritaba.

Después de deshacerse de su mentor político y tomar el mando de la Liga de los Comunistas Serbios (SKS) en septiembre de 1987, dos años después, el 27 de mayo de 1989, Milosevic alcanzaba la presidencia de Serbia con el que poco después sería el Partido Socialista de Serbia (SPS), nuevo nombre del antiguo partido. Nada más acceder al poder Milosevic redujo la autonomía de la conflictiva región de Kosovo y agitó a las minorías serbias de las repúblicas vecinas.

En las negociaciones interrepúblicas de la primavera de 1991, en una última oportunidad para salvar la Federación yugoslava, se pusieron de manifiesto nuevamente las diferencias entre el bloque serbo-montenegrino, por un lado, y croatas y eslovenos, por otro, quienes acusan al primero de negarse a una revisión del sistema federal en beneficio de sus ideologías nacionales. La tensión entre ambos bandos precipitó el enfrentamiento.

El 15 de mayo, finalizado el mandato anual del esloveno Janez Drnovsek al frente de la presidencia colectiva, el representante serbio, Borisav Jovic, impidió el acceso al poder al croata Stipe Mesic, tal y como estaba previsto en el sistema rotatorio, de tal modo que no tuviera el control de la jefatura de Estado ni del Ejército Popular Yugoslavo (JNA).

El 25 de junio de 1991 Eslovenia y Croacia proclamaron su independencia y estalló la guerra. Poco después fueron Macedonia –septiembre 1991– y Bosnia –abril 1992– las repúblicas que declararon su soberanía.

Serbia no contaba con un ejército potente y bien organizado, por lo que los dirigentes serbios comenzaron a captar voluntarios entre civiles y a desarrollar unidades paramilitares. Los *hooligans* del Estrella Roja fueron una buena cantera. Un periodista deportivo escribía: «Han dejado sus accesorios de aficionado en las arcadas del estadio de Marakana y han puesto rumbo a la guerra con rifles en la mano»<sup>65</sup>.



El Estrella Roja había sido fundado por la policía, en cuya directiva se encontraban altos cargos del cuerpo, lo que había convertido al equipo en un bastión del nacionalismo. Los *Ultra Bad Boys* se llevaron al campo de batalla las canciones que entonaban en el estadio y acomodaron la letra para que encajara con el contexto bélico. Para la prensa yugoslava, la guerra era una metáfora del deporte.

Los *hooligans* estaban liderados por Zeljko Raznatovic, alias Arkan, un miembro de la policía secreta que había sido reclutado entre antiguos criminales para realizar determinados trabajos sin escrúpulos, como el asesinato de disidentes exiliados: «Raznatovic había alcanzado proporciones míticas a lo largo de su carrera de gángster, hasta tal punto de que todo el mundo se refería a él por uno de sus aproximadamente cuarenta apodos [...]. Su padre había sido oficial de las fuerzas aéreas y había educado a su hijo de acuerdo con el reglamento militar [...]. En torno a los 16 años Arkan [...] ya había emprendido una vida de pequeño delincuente. Al poco tiempo fue detenido y condenado a tres años en un centro para menores»<sup>66</sup>.

Pronto Arkan se convirtió en un héroe entre la población serbia. Los radicales aficionados del Estrella Roja —a los que Arkan llamaba los Tigres— iban a ser unos de los agentes más activos de las operaciones de limpieza étnica y exterminio contra croatas y musulmanes en los frentes de batalla. Su brutalidad y falta de piedad en los estadios de fútbol eran las mejores credenciales para llevar a cabo su cometido con eficacia: «Durante más de tres días [...] mantuvieron a treinta hombres y una mujer en un espacio sin comida, sin agua y sin una ventilación adecuada. Seguidamente un autobús llevó a los detenidos desde la sala de calderas hasta lo alto de una colina con vistas a la iglesia de un pueblo. Los mataron a todos menos a dos, y los lanzaron a fosas comunes que un año más tarde serían exhumadas»<sup>67</sup>.

Vladan Lukic, capitán del Estrella Roja, manifestó al *Serbia Journal*: «Muchos de nuestros leales aficionados de la zona norte del Marakana están escribiendo las más bellas páginas de la historia de Serbia»<sup>68</sup>. A las redacciones de Europa Occidental llegaban imágenes y fotografías de los corresponsales de guerra sobre las atrocidades cometidas por los hombres de Arkan, a las que Milóšević no puso freno ni tuvo intención de ocultar.

«El ejército de Arkan luchó en la primera ofensiva serbia de 1991-1992 y enseguida empezó a ganarse su mala reputación. Las fotografías de las hazañas de Arkan pusieron definitivamente a Occidente en contra de Serbia. Entre esas fotografías destacan las nauseabundas imágenes de Bijeljina. En una de ellas Arkan aparece besando al presidente de la república serbobosnia sobre el cadáver de un civil musulmán. Otras muestran a los Tigres propinando patadas a cuerpos sin vida y pisoteando los cráneos de sus víctimas»<sup>69</sup>.

Los combates en territorio esloveno entre la Defensa Territorial Eslovena y el Ejército Federal fueron efímeros —el conflicto se conoció como la Guerra de los Diez Días— y terminaron con la mediación de la Unión Europea (UE), que restableció el orden en la zona. En Croacia, tras la ofensiva serbia el 27 de julio, los combates se intensifican y varios altos el fuego fueron violados repetidamente. El 15 de enero de 1992 la Unión Europea reconoció oficialmente la independencia de Croacia, aunque las hostilidades continuaron durante tres años más hasta que en 1995 se restableció la paz. Se calcula que dos mil per-

sonas fueron asesinadas mediante el degollamiento, la estrangulación y otros métodos de ejecución a cargo de los discípulos de Arkan.

### 4.3. El caso español: Real Madrid frente a F. C. Barcelona

Comprender lo que representa el gran clásico implica darse un paseo por la propia historia personal de Cataluña y del Estado español. A finales del siglo XIX Barcelona era una región industrial con una importante actividad mercantil. Tan sólo Estados Unidos, Inglaterra y Francia podían competir con la producción de las fábricas textiles catalanas. No obstante, si bien Cataluña contaba con un protagonismo notable en el terreno económico, el poder político estaba concentrado en Madrid, con lo que los intereses del Gobierno central y los de los capitalistas catalanes chocaban de lleno.

Para los nacionalistas Cataluña era símbolo de la modernidad y el progreso, mientras que Madrid era símbolo del subdesarrollo y el retraso. Mientras el centro luchaba por salir adelante, la burguesía catalana abría sus puertas a las influencias extranjeras a través del comercio.

Esta supremacía catalana no era del agrado del Estado español, que la veía como una región de ideas separatistas. Por su parte, los catalanes acusaban al Estado de falta de sensibilidad ante la realidad social. En este contexto histórico surgió el club blaugrana. El Barcelona Football Club fue fundado oficialmente el 29 de noviembre de 1899 por el empresario suizo Joan Gamper. El 22 de octubre de ese año, ante el intento fallido por encontrar jugadores para crear un equipo, publicó un anuncio en el diario *Deportes* que decía: «Nuestro amigo y compañero Mr. Kans Gamper, de la Sección de Foot-Vall de la Sociedad de los Deportes y antiguo campeón suizo, deseoso de poder organizar algunos partidos en Barcelona, ruega a cuantos sientan aficiones por el referido deporte se sirvan ponerse en relación con él, dignándose al efecto pasar por esta redacción los martes y viernes por la noche de 9 a 11»<sup>70</sup>. Meses más tarde la creación del club era una realidad.

Pronto el equipo y la autonomía catalana estarían fuertemente asociados. El primer escudo —reemplazado en 1910— que adoptó el club fue el de la ciudad, lo que era un claro ejemplo de la voluntad del Barça desde el primer día de identificarse con el pueblo catalán.

Un año después, el 28 de octubre de 1900, a iniciativa de Ángel Rodríguez Ruiz, un estudiante de la Universidad de Barcelona, nació la Sociedad Española de Football, que tres meses más tarde pasó a llamarse Club Español de Football, y en 1912, con la concesión del título de real por parte de Alfonso XIII, Real Club Deportivo Español.

El club blanquiazul, compuesto por castellanos, nació como reacción al club catalán, formado en su mayoría por extranjeros. La rivalidad entre ambos equipos se dejó notar enseguida. El nombre de español en primer lugar y el título de real después no eran del agrado de la hinchada *culé*, que veía en estos símbolos una provocación a lo que Cataluña representaba. De este modo el R. C. D. Español se convirtió en el gran rival del F. C. Barcelona, «el espectro del centralismo en su propia casa» y, en consecuencia, «el ene-

migo interior a combatir». El diario *Marca* recogía en sus páginas en cierta ocasión: «Mientras el Español era un equipo patriota formado por buenos y sanos españoles, el Barcelona era catalanista hasta la médula haciendo propaganda de un régimen insoportable»<sup>71</sup>.

Asimismo el club blaugrana desde sus orígenes manifestó activamente sus simpatías políticas al participar en numerosos actos para reivindicar la causa catalana, algo que el club blanquiazul no llevó a cabo, lo que vino a alimentar aún más la enemistad entre ambos clubes. Julián García Candau, en *Madrid-Barça. Historia de un desamor*, escribió: «El Español y el Barcelona llevaban una mascarilla demasiado pequeña para que no se adivinara enseguida el verdadero sentido de ellas. El deporte era la careta que cubría el sentido político. Uno, el Español, dirigido por personalidades de un matiz conocidísimo como español y patriota y que, arrastrados a la lucha, procuraron de su peculio engrandecer al club y a su nombre, para mostrar al rival de lo que eran capaces un buen puñado de buenos españoles fuesen de dónde fuesen. Otro, el Barcelona F. C., ocupado constantemente en dar en el seno de la sociedad el tono catalanista hasta en su correspondencia, acudía con banderas de colores a actos políticos catalanistas»<sup>72</sup>.

El 14 de junio de 1915 el Barcelona y el Júpiter disputaban en Les Corts –antiguo estadio del club *culé*– un partido de homenaje al Orfeo catalán. La banda de música de un buque británico atracado en el puerto aprovechó el descanso del partido para interpretar el himno español. Los 12.000 asistentes catalanes presentes comenzaron a abuchear. El desprecio le costó al club una sanción, el estadio se clausuró seis meses y Joan Gamper se vio obligado a exiliarse.

Durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera (1923-1929), anticipo del porvenir del país años más tarde, se eliminó la bandera catalana y la lengua oficial fue abolida. Con los dos principales modos de expresión eliminados muchos vieron en el barcelonismo una forma de manifestar su reacción contra el régimen y un símbolo de resistencia nacionalista, por lo que se afiliaron al club *culé*. La bandera del Barça sustituyó a la *senyera* en las manifestaciones políticas de la época, lo que sirvió para reforzar más la vinculación del equipo con la autonomía catalana: «El fútbol español ha jugado ciertos protagonismos políticos en determinados momentos. Sus socios y simpatizantes se han servido muchas veces del poder de convocatoria de la entidad para convertirla en banderín de enganche. Algunos clubes han sido en sí mismos la representación más evidente de un movimiento político en los momentos en que éste ha estado perseguido»<sup>73</sup>.

Con la proclamación de la República el 14 de abril de 1931 se abrió un nuevo episodio en la historia de España. En 1932 se reconoció el carácter diferencial de Cataluña al tiempo que el R. C. D. Español era despojado del título de real. Sin embargo, la Guerra Civil (1936-1939), la derrota de la República y la llegada del Generalísimo al poder marcaron una nueva etapa en la historia de España. El invento del Barça como «el ejército sin armas de una nación sin Estado» o «la sublimación épica del pueblo catalán en un equipo de fútbol»<sup>74</sup> se hicieron más evidentes con Franco en el poder. Por si fuera poco, el presidente del Barça, Josep Sunyol, había sido fusilado en 1936 cerca de la Sierra de Guadarrama por la Coalición Nacionalista: «El Barça fue el símbolo de la posición política de la burguesía nacional y de la pequeña burguesía catalana hasta la Guerra Civil; después fue la única forma de expresión elíptica de un conjunto de sentimientos. La

prueba principal de esta afirmación reside en el hecho de que los inmigrantes integrados son seguidores del Barça, los no integrados, del Español»<sup>75</sup>.

Con el Caudillo la rivalidad futbolística con un marcado carácter regional a través del enfrentamiento entre *periquitos* y *culés* quedó en un segundo plano y se trasladó al enfrentamiento entre el Real Madrid, símbolo de la españolidad, y el Barcelona, símbolo de la catalanidad. Franco, al igual que Primo de Rivera, trató de eliminar cualquier brote nacionalista, pero mientras este último reaccionó también de manera aplastante contra el Barça, el primero, más inteligente, vio al club *culé* como un mal menor con el que convivir y por medio del cual los catalanes podían desahogarse: «[Franco] trató de borrar todas las rivalidades regionales en España excepto en el fútbol. Promovió el fútbol como un medio saludable para que las regiones descargasen sus tensiones. [...] Como los catalanes no tenían partidos políticos, ni Gobierno regional, ni derecho alguno a usar su propia lengua, pusieron todo su orgullo cultural en el Barça. En un partido del Barça la gente podía gritar en catalán y cantar canciones tradicionales cuando no podía hacerlo en ningún otro lugar»<sup>76</sup>.

Pronto el fútbol como catalizador de la oposición regionalista adquirió una dimensión mayor: «Lo que está muy claro en el fútbol español es que el deporte balompédico es en realidad un semanal enfrentamiento político. El Real Madrid representa algo y el barcelonista lo sabe; el Barça representa otro algo también y el madridista también lo sabe»<sup>77</sup>.

El presidente del Real Madrid, Santiago Bernabéu, afirmaba: «Se equivocan quienes dicen que no quiero a Cataluña. La quiero y la admiro, a pesar de los catalanes»; y también refiriéndose al presidente del R. C. D. Español entre 1967 y 1969, Juan Vila-Reyes, decía: «Le admiro porque preside en Cataluña un club que se llama Español. Eso sí que tiene mérito»<sup>78</sup>.

Para el escritor Manuel Vázquez Montalbán<sup>79</sup>, uno de los autores que más ha trabajado esta cuestión, «el Barcelona y el Real Madrid son algo más que un club porque asumen valores políticos añadidos. El Barcelona sería algo así como el ejército simbólico desarraigado del nacionalismo catalán, y el Real Madrid, el representante del Estado español, papel que se le atribuyó en los tiempos de Franco»<sup>80</sup>.

Durante la dictadura el Barça fue fichado en los archivos de la Dirección General de Seguridad como «elemento peligroso y hostil al régimen». En el expediente abierto al club con el número 29.708, se detallaban, entre otras cosas: «Este club explota su rivalidad con el Español para hacer política catalanista y le rodea un público apasionado en su mayor parte de ideas separatistas»<sup>81</sup>. Vázquez Montalbán escribió: «Cuarto en la lista de organizaciones que purgar, después de los comunistas, los anarquistas y los separatistas, se hallaba el Fútbol Club Barcelona»<sup>82</sup>.

En 1943 el F. C. Barcelona y el Real Madrid se midieron en partido de semifinales de la Copa del Generalísimo. En aquella época se había decretado una amnistía que amparaba a los exiliados durante la guerra. En el Barça militaban tres jugadores –Raich, Escolá y Balmanya– que habían permanecido huidos después de una gira por América con el club. El partido de ida en Les Corts se había resuelto a favor de los catalanes por 3 goles a 0. Antes del comienzo del encuentro de vuelta uno de los máximos responsables de segu-

ridad<sup>83</sup> entró en el vestuario blaugrana y les recordó: «No olvidéis que algunos de vosotros estáis jugando gracias únicamente a la generosidad del régimen, que ha olvidado vuestra falta de patriotismo»<sup>84</sup>. El club *culé* recibió una sonora goleada: 11-1. Del incidente dio cuenta Juan Antonio Samarach en el diario *La Prensa*. La crónica fue objeto de felicitación por la directiva barcelonista, pero el atrevimiento le valió una sanción ejemplar y tuvo que dejar de escribir. Entre otras cosas el artículo decía: «Quizá si la victoria hubiera sido 4-0 nos volcaríamos a reprochar a éste o aquel jugador del Barcelona. Pero un 11-1 son diez tantos de ventaja. Muchos, demasiados, para que no se busque otra razón que pueda explicarnos este resultado. Si los azulgranas hubieran jugado mal, francamente mal, el marcador no hubiera alcanzado esa cifra astronómica. Lo que pasa es que no jugaron»<sup>85</sup>. El presidente del Barça, Enrique Piñeyro de Queralt, no pudo soportar semejante humillación y dimitió de su cargo.

Según el historiador Paul Preston, «Franco veía las victorias del Real Madrid y de la selección nacional española como victorias personales». El general era un seguidor acérrimo del Real Madrid y era capaz de recitar las alineaciones del equipo merengue de memoria.

La filosofía del Barça viene definida por el lema «más que un club», frase que sintetiza de manera explícita los valores que el conjunto blaugrana representa: «Casi nunca una frase tan corta ha podido significar tantas cosas. Cuando alguien ha dicho que el F. C. Barcelona era más que un club estaba aludiendo a un fenómeno sorprendente, y creemos que único en el mundo, de una institución deportiva revestida de tanta trascendencia»<sup>86</sup>. El presidente de la institución a finales de los sesenta, Narcís de Carreras, lo expresaba en estos términos: «Somos lo que somos y representamos lo que representamos». También Agustí Montal i Costa, presidente entre 1969 y 1977, explicaba: «El Barça es mucho más que un club. Uno de los éxitos del Barcelona es su poder como entidad integradora de la gente que llega a nuestra tierra y se identifica por medio de nuestro club con nuestra manera de ser»<sup>87</sup>.

Uno de los acontecimientos más relevantes en la historia del club blaugrana como institución fue el memorable 5-0 en el Estadio Santiago Bernabéu la noche del sábado 18 de febrero de 1974 con Johan Cruyff como director de orquesta. Algunas crónicas apuntan peyorativamente que el proceso de transición hacia la democracia no comenzó en diciembre de 1973 con el asesinato del almirante Luis Carrero Blanco –jefe de Gobierno y garante de la continuidad del régimen franquista–, sino aquella noche épica: «El Barcelona acababa de derrotar a sus mortales rivales del Real Madrid [...], y prácticamente todo el mundo, jóvenes y viejos, hombres y mujeres por igual, salió a la calle para celebrarlo. Aquella noche hubo más *senyeras* rojas y amarillas que banderas azulgranas del Barça, particularmente a lo largo de las Ramblas y en la plaza de Catalunya, y la canción que cantaba la multitud era el himno catalán proscrito, *Els segadors*»<sup>88</sup>. La humillación sirvió para que algunos calificaran ese año como el mil novecientos cero cinco. Hoy todavía la gesta se sigue celebrando: «Hay victorias tan gozosamente sentidas que son motivo de celebraciones en aniversarios señalados. Para el Barça es casi fiesta de guardar el 0-5 de 1974 en el Estadio Santiago Bernabéu. Los veinte años de aquella gesta no pasaron inadvertidos. Humillar al contrario, aunque sea con efemérides que no han vivido miles de socios, forma parte de la pugna permanente»<sup>89</sup>.

El 28 de diciembre de 1975, treinta y ocho días después de la muerte de Franco, el Real Madrid debía jugar en el Nou Camp contra el Barcelona. Los catalanes esperaban con ansia el encuentro. Numerosas banderas catalanas lograron colarse al interior del estadio. El equipo local venció por 2 tantos a 1. La afición estalló de alegría y celebró la victoria deportiva con sabor político.

Ya con la democracia en marcha en una final histórica de la Copa del Rey el 4 de junio 1983 el Barça se impuso a su eterno rival por 2 a 1, triunfo que el alcalde socialista de la ciudad catalana, Pascual Maragall, calificó con estas palabras: «Esta victoria satisface los deseos de todo un pueblo».

El presidente del Barça, Joan Laporta, también hizo gala de su catalanidad durante su viaje oficial a Bosnia-Herzegovina durante el verano de 2005. En el discurso ante las autoridades del país dejaba clara su ideología: «El Barça es un club de Barcelona, capital de nuestro país, Catalunya. Estamos orgullosos de ser catalanes y aquí podemos manifestar esos sentimientos con el mismo orgullo que vosotros decís que sois bosnios»<sup>90</sup>.

En una entrevista concedida a un periódico<sup>91</sup>, el máximo mandatario blaugrana decía: «El Barça es un club poliédrico, promueve unos valores que son universales como el civismo, la deportividad y el hecho diferencial de que es un club catalán de fútbol que está muy vinculado y entroncado con la sociedad catalana. Para un catalán del Barça la catalanidad del club es muy importante». Y añadía: «La catalanidad del Barça es una realidad. Es entendida, comprendida y aceptada por todo el barcelonismo. Nuestra directiva es catalanista [...]. El Barça ha tenido históricamente un papel extraordinario para promover los valores del catalanismo. A nivel político también ha tenido ese papel [...]. Ya desde sus inicios Hans Gamper, que era suizo, tuvo la habilidad de vincular mucho al club con Cataluña. En los años veinte la entidad ya se posicionó en cuestiones como el apoyo al Estatut y ya se consideró al Barça como el club de Cataluña. Ahora somos más que un club en Cataluña, más que un club en España y estamos en el marco de una estrategia corporativa para ser más que un club en el mundo».

Como muestra un botón. Desde que Laporta ganó las elecciones a la presidencia del Barça los jugadores foráneos están obligados por contrato a aprender catalán: «La politización del Barcelona, la marca más representativa de Cataluña, es una evidencia desde que Joan Laporta está al frente. El dirigente, que jamás ha ocultado sus tendencias independentistas, quiere contagiar a todos los empleados del club y, entre otras cosas, les exige por contrato que aprendan catalán. Que existía esta obligación era algo que se rumoreaba, pero Eto'o lo confirmó en una entrevista concedida a *Catalunya Radio*: “En mi contrato pone que tengo que aprender catalán”. Desde que Laporta lidera el barco, los contratos de los futbolistas y de los deportistas de otras secciones se redactan en catalán e incluyen una cláusula en la que éstos se comprometen a respetar las instituciones, la lengua, la cultura y la historia autóctonas. Además, a todos se les hace ver la conveniencia de estudiar catalán, para lo cual el club cuenta con un equipo de profesores»<sup>92</sup>.

Con motivo de la cena de fin de curso del fútbol base —el futuro de la entidad— de la temporada 2006-2007, Laporta aprovechó la ocasión para imprimir al acto un carácter nacionalista: «Os exigimos respetar la identidad catalana del club y os pedimos que habléis y escribáis en catalán. Pese a que el club está globalizado, no ha de perder las raíces cata-

lanas»<sup>93</sup>. Nada más tomar posesión de su cargo el 25 de junio de 2003 el presidente culé afirmaba: «Nuestro compromiso es el de un catalanismo cosmopolita, pero siempre tendremos muy claro nuestro origen y lo que representa el Barça para el país»<sup>94</sup>. En la actualidad, en *Can Barça* los triunfos barcelonistas son celebrados por el *soci culé* con un «¡Visca el Barça!» seguido de un incondicional «¡Visca Catalunya!», símbolo ideológico de la identidad del club con el regionalismo catalán.

#### 4.4. Un caso particular: Honduras frente a El Salvador

El caso más llamativo de enfrentamiento político a consecuencia del balón fue la conocida Guerra del Fútbol. El conflicto tuvo como protagonistas a los países de Honduras y El Salvador. Fue en 1969, aunque la historia venía de lejos. La configuración de El Salvador es la de un país pequeño con elevada densidad de población (la mayor de todo el continente americano), en el que la mayor parte de la tierra está en manos de unas pocas familias y el resto es compartido por una gran cantidad de campesinos.

Honduras, país limítrofe, es la realidad opuesta. Con una extensión seis veces mayor que la de El Salvador (112.000 km<sup>2</sup>), cuenta con abundantes terrenos en manos de nadie.

En este contexto el país hondureño representaba una oportunidad para los campesinos salvadoreños, que lo veían como una posibilidad de llevar una vida mejor. 300.000 salvadoreños llegaron a establecerse, la mayoría de manera ilegal, en tierras hondureñas.

En los años sesenta comenzaron a brotar los primeros síntomas de malestar por parte de los campesinos hondureños, que reclamaban para sí las tierras ocupadas por sus vecinos salvadoreños. El Gobierno dictó un decreto por el que pretendía que esos terrenos fuesen devueltos a sus ciudadanos al tiempo que los emigrantes procedentes de El Salvador debían regresar a su tierra. Pero las autoridades salvadoreñas temían una revuelta campesina y se negaban a acogerlos.

En medio de estas tensiones las dos selecciones debían enfrentarse en partido clasificatorio para el Mundial de México de 1970. El encuentro de ida tenía que disputarse en Tegucigalpa, capital de Honduras, el domingo 8 de junio de 1969. La selección salvadoreña había llegado un día antes a la ciudad para concentrarse, donde fue víctima de los actos vandálicos de los aficionados contrarios. Los hinchas hondureños rodeaban de manera permanente el hotel en el que se hospedaba el equipo de El Salvador y chillaban, tiraban piedras y hacían ruido con tal de que los jugadores no pudieran conciliar el sueño ni descansar para el encuentro del día siguiente.

Así fue. El partido se jugó y Honduras ganó a El Salvador por 1-0. El gol del delantero Roberto Cardoso se produjo en el último minuto del partido. La derrota sentó tal mal que Amelia Bolaños, una chica salvadoreña de 18 años, se suicidó de un disparo en el corazón. La historia saltó a la portada de la prensa al día siguiente. El diario salvadoreño *El Nacional* recogía en sus páginas la siguiente noticia: «Una joven que no pudo soportar la humillación a la que fue sometida su patria»<sup>95</sup>. En directo se retransmitió por televisión el entierro de la muchacha, al que acudió el presidente de la República y la selección nacional de fútbol al completo.

El partido de vuelta tuvo lugar una semana más tarde en el Estadio Flor Blanca de la capital salvadoreña. La historia volvió a repetirse. Esta vez les tocaba a los aficionados de casa vengarse de sus adversarios. Así ocurrió. Los jugadores de la selección de Honduras tuvieron que soportar las indecencias de los seguidores salvadoreños durante la noche anterior al partido.

Por motivos de seguridad los jugadores hondureños fueron conducidos al estadio en tanques y el ejército se vio obligado a tomar los alrededores del estadio. El partido se resolvió por 3-0 para El Salvador. Directamente desde el campo los jugadores fueron llevados al aeropuerto en los mismos tanques que les habían conducido al estadio. Entre los seguidores hondureños hubo dos muertos, docenas de heridos y ciento cincuenta coches quemados.

Horas después la frontera entre ambos países se cerró y a los dos días cayó una bomba sobre Tegucigalpa. La guerra había comenzado. El conflicto bélico duró cinco días. Murieron 6.000 personas y hubo 20.000 heridos. Las hostilidades cesaron gracias a la intervención de la Organización de Estados Americanos (OEA). Como resultado de esta intervención parte de los salvadoreños regresaron a su país mientras que otros permanecieron en Honduras.

En definitiva, «un partido de fútbol no llegará a desencadenar un conflicto entre dos países que mantengan buenas relaciones ni aportará paz a dos estados que quieran destruirse [...]. El fútbol no es la causa de la guerra entre El Salvador y Honduras o del conflicto yugoslavo. Por sí solo no podrá aportar la paz a Liberia. Pero puede ser una señal anticipada de lo que se degrada o mejora. Es uno de los medios –[el mejor, especificaríamos]– del que disponen los actores de la vida internacional para acercarse o distanciarse»<sup>96</sup>.

## **5. El fútbol como reivindicación nacionalista**

En la España de las autonomías el fútbol también se ha convertido en una herramienta útil para hacer reivindicaciones regionalistas. Es tradición que en diciembre, con motivo del parón de la liga por las fiestas navideñas, los dirigentes políticos de las diferentes comunidades autónomas aprovechen la ocasión para apoyar su causa a través de partidos que disputan sus respectivas selecciones autonómicas de fútbol con otros países.

Los encuentros tienen un carácter amistoso y los jugadores no están obligados a asistir, pero los clubes hacen la vista gorda y no ponen muchos problemas a que acudan. En algunos casos los ayuntamientos son accionistas de los propios clubes –Sociedades Anónimas Deportivas (SAD)– y en otros la voluntad de llevarse bien con las autoridades gubernativas pesa más que otras cuestiones: «Deportivamente la mayoría son fraude, pero sirven para dar migajas de gloria a los políticos, que así reivindican votos y devuelven favores»<sup>97</sup>.

En los últimos tiempos la proliferación de este tipo de partidos ha sido creciente. En diciembre de 2004 se disputaron cinco encuentros: Navarra-Marruecos, Cataluña-



Argentina, Euskadi-Honduras, Valencia-Bulgaria y Andalucía-Malta. Un año después, en diciembre de 2005, se disputaba un partido más: Cataluña-Paraguay, Euskadi-Camerún, Andalucía-China, Valencia-Colombia, Murcia-Lituania y Galicia-Uruguay.

En diciembre de 2006 volvieron a ser seis los encuentros celebrados: Galicia-Ecuador, Aragón-Chile, Valencia-Perú, Euskadi-Serbia, Murcia-Ecuador y Andalucía-Palestina e Israel. No obstante, dos meses antes se había disputado uno de los partidos más reivindicativos de los últimos años: Cataluña contra Euskadi<sup>98</sup>. El enfrentamiento no se repetía desde hacía más de treinta años y se saldó con empate a 2. El aire festivo y el contenido político amenizaron la velada, a la que asistieron más de 50.000 personas.

«El ambiente festivo y la manifestación política se dieron la mano hoy en el Camp Nou con motivo de la disputa del partido entre las selecciones de Catalunya y Euskadi [...] que convirtió el estadio del F. C. Barcelona en un gran escaparate para la reivindicación de nacionalistas catalanes y vascos tanto para pedir la independencia de ambos pueblos como para reclamar la oficialidad de sus selecciones deportivas [...].

La cita convirtió el Camp Nou en una gran manifestación de marcado carácter reivindicativo en que el público exhibió numerosas pancartas de contenido puramente político en favor de la independencia de Catalunya y Euskadi, entre ellas una gigante y ya famosa con el lema «*Catalania is not Spain*» y también varias para pedir el acercamiento o la libertad de los presos de ETA, una de ellas dedicada al etarra Iñaki De Juana, que permanecieron colgadas en la grada durante todo el encuentro.

Una de las escenas de la jornada llegó en el descanso del partido, cuando la mayoría de aficionados se quitaron sus camisetas en una acción promovida por la Plataforma Pel Dret de Decidir y que se deriva del polémico anuncio de la Plataforma Pro Seleccions Esportives Catalanas, en que un niño vestido de la selección catalana prohibía jugar en un partido a otro con la camiseta de la selección española, que se la acababa quitando para poder jugar.

Un mar de senyeras catalanas y también muchas ikurriñas dieron un gran colorido a las gradas del Camp Nou, donde se repitió la ola en varias ocasiones, durante buena parte del partido trasladando una pancarta de la Plataforma Pro Seleccions Esportives Catalanas, y también se produjo la quema de varias bengalas al inicio del partido, cuando ambos equipos saltaron al terreno de juego, en el que los vascos posaron junto a una pancarta para pedir la oficialidad de su selección [...].

El Camp Nou registró [...] la presencia de 56.300 espectadores, la cual fue anunciada por megafonía como la tercera mayor asistencia de público de los partidos internacionales de selecciones disputados este fin de semana, después de que el locutor repasase las cifras de todos los encuentros, entre ellos el Suecia-España, que fue recibido por la grada con una sonora pitada»<sup>99</sup>.

En 2007 Cataluña devolvió su visita del año anterior a la selección de Euskadi y se disputaron otros cinco encuentros más: Murcia-Guinea Ecuatorial, Extremadura-Guinea Ecuatorial (que repetía partido), Galicia-Camerún, Canarias-Angola y Andalucía-Zambia.

A pesar de que este tipo de encuentros ha proliferado durante la última década, la estrategia política de reivindicación autóctona a través del fútbol no es nueva. Poco después del comienzo de la Guerra Civil, «en Cataluña y el País Vasco los jugadores de primer

orden, salvo algunas excepciones, aceptaron de buen grado convertirse no sólo en miembros de equipos cuyo destino era recaudar fondos para la causa republicana, sino además en efectivos propagandistas de una causa»<sup>100</sup>. Con este objetivo se creó la selección de Euzkadi para realizar una gira por el extranjero: «El estallido de la Guerra Civil en julio de 1936 se produjo en el tiempo de descanso futbolístico. Todos los jugadores del País Vasco que formaban parte de los equipos de primera división se encontraban en sus casas. La mayoría de los mismos, que sentía la causa republicana, fue a parar a los frentes de batalla. Su experiencia con el fusil en mano no duró demasiado, porque se pensó en ellos para formar una selección de Euzkadi que allegara fondos para las necesidades del Gobierno vasco»<sup>101</sup>.

En plena contienda los futbolistas vascos abandonaron Euskadi el 23 de abril de 1937. La vestimenta incluía los colores de la ikurriña: pantalón blanco, camiseta verde y una raya roja. El primer partido tuvo lugar en tierras francesas contra el Racing de París. El resultado fue favorable para el conjunto vasco por 3 goles a 0, aunque el triunfo tuvo un sabor agrídulce, porque coincidió con el ataque a Gernika por parte de la Legión Cóndor alemana.

A pesar de la amargura la expedición prosiguió su viaje por numerosos países del norte y este de Europa: Checoslovaquia, Polonia, Rusia o Noruega. Tras la aventura europea la gira continuó al otro lado del Atlántico. En México la estancia se prolongó durante bastante tiempo. En el país del tequila los vascos tuvieron un desempeño excelente: nueve partidos disputados, nueve victorias. También participaron en la liga del país, donde su rendimiento fue igualmente notable y se alzaron con la segunda posición. A pesar de todo «tampoco aquello supuso ninguna gran alegría, porque recibieron la noticia de que la guerra había terminado y la habían perdido»<sup>102</sup>. Muchos deportistas se quedaron en el exilio jugando en equipos de Argentina y México.

También durante el conflicto bélico el club catalanista «fue enviado como propagandista de la causa roja a tierras mejicanas»<sup>103</sup>. Los blaugranas cruzaron el charco y disputaron varios encuentros en el continente sudamericano que tuvieron un cierto sabor político.

### **CATALUÑA GOLEA Y SE DIVIERTE CON LITUANIA**

«Fútbol y política volvieron a fusionarse en el Camp Nou. Con una exhibición de cinco goles a cero ante Lituania, una alta carga reivindicativa y escasos incidentes transcurrió el partido del Centenario de la Federación Catalana de Fútbol (FCF). La fiesta fue completa para una Cataluña que sueña con objetivos más ambiciosos.

A las nueve de la noche comenzó la ceremonia que conmemoraba los primeros cien años de la FCF. Un centenar de *cheerleaders*, que escenificaron las siglas del estamento federativo, y nueve gigantes hinchables saltaron al césped, mientras se disparaban los decibelios del estadio del Barça. Por un día las sardanas fueron sustituidas por música disco. Después un centenar de niños que sueñan con emular a sus estrellas asumió el protagonismo de una breve y colorista celebración».

#### **El himno**

«El Camp Nou se animó y la afición destapó toda su pasión con la interpretación de *Els Segadors*. Tanto Jordi Pujol, presidente de la Generalitat, como Antoni Puyol y Joan

Gaspart, máximos responsables de la FCF y del Barça, respectivamente, se mostraron relajados en el palco y acogieron con entusiasmo la irrupción de los futbolistas catalanes, que se midieron a una Lituania, que asumió su papel de mero invitado a una fiesta a la que no asistió Daniel Sánchez Llibre, presidente del Espanyol.

Llegó la hora del fútbol, pero la afición nunca apartó del todo los cánticos de contenido político. En el campo los jugadores se contagiaron de una grada eléctrica y Cataluña inició su particular recital con una alineación formada por Toni, Geli, Quique, Aguado, Roger, Guardiola, Celades, Sergio, Gerard, Oscar y Jordi Cruyff. En la segunda parte entraron Reina, Xavi, Rubén Navarro, Gabri y Soldevilla.

[...]

La mayoría de los espectadores aguantó con gran estoicismo el fuerte viento y la lluvia que durante algunos minutos cayó en un Camp Nou poblado de banderas independentistas. Todo transcurría por los cauces normales hasta que una minoría empezó a encender bengalas y quemar alguna bandera española mientras la seguridad privada del estadio (la policía nacional no apareció por el campo) tomaba posiciones en el gol sur para evitar invasiones de campo y el lanzamiento de objetos u otras cosas, como el cerdo que saltó en el Cataluña-Yugoslavia.

Muchos se temieron lo peor, mientras algunos insultos, mucho menos que hace un año, a España y a José María Aznar se mezclaban con gritos a favor de la independencia de Cataluña. En el palco se vieron algunos rostros inquietos, pero sus preocupaciones se disiparon muy pronto. Los cánticos futbolísticos y las olas relegaban a un segundo plano la particular batalla de los más radicales, que una vez más asistieron al partido anual de la selección catalana».

### **Pujol destaca el «patriotismo sano» de los asistentes**

«El partido de Cataluña contra Lituania no tuvo ningún incidente destacable. El presidente de la Generalitat, Jordi Pujol, se mostró especialmente satisfecho por la actitud de los aficionados que acudieron al Camp Nou y señaló que “a pesar de un par de cosas negativas, pero muy localizadas, el espectáculo del público ha sido muy positivo. Hemos demostrado un patriotismo sano”.

El presidente de la Generalitat destacó el buen juego exhibido por la selección catalana y afirmó que se siente optimista sobre la posibilidad de que el equipo de fútbol llegue a disputar competiciones oficiales. “Ya hay selecciones catalanas compitiendo en deportes minoritarios. En fútbol es más lento, pero es cuestión de insistir”, comentó.

Las autoridades presentes en el palco también elogiaron el civismo de los aficionados que acudieron al Camp Nou. Joan Gaspart, presidente del Barcelona, señaló que “debería ser siempre así y lo es casi siempre. La gente ha venido a disfrutar y se ha comportado muy correctamente“. El vicepresidente Germán de la Cruz se encargó de representar al Espanyol.

Antoni Puyol, presidente de la Federación Catalana de Fútbol, recalcó que con el partido de la selección catalana “pretendemos hacer una exposición positiva de nuestro fútbol”. También se mostró muy optimista sobre la posibilidad de disputar partidos oficiales en el futuro. “Sé que conseguiremos una personalidad propia. Tanto Cataluña como Euskadi merecen una selección al nivel de la española”».

Regás, Lluís, 23 de diciembre de 2000: *El Mundo*.  
<http://www.elmundo.es/2000/12/23/catalunya/23N0153.html>.

## 6. El fútbol como herramienta diplomática

Finalizada la Segunda Guerra Mundial, con la caída de las potencias del Eje (Alemania, Italia y Japón) en 1945, España aparecía en el mapa político como el último bastión fascista, por lo que fue sometida a un boicot diplomático y económico por parte de Naciones Unidas.

Durante el período de autarquía el fútbol, y más concretamente el Real Madrid, se convirtió en el mejor abanderado del régimen para mejorar la deteriorada imagen de España al otro lado de los Pirineos: «El Real Madrid ha sido durante años el equipo que mejor ha servido al régimen. El Real Madrid ha pregonado por todo el continente la importancia de un país que evolucionaba con forzoso y forzado retraso con respecto a todo lo europeo. Nuestro subdesarrollo encontraba en el Real Madrid una excepción que permitía a los españoles salir al extranjero con la cabeza muy alta»<sup>104</sup>.

Ducan Shaw en su libro *Fútbol y franquismo* (1987) hace un riguroso y extenso estudio acerca de cómo el club blanco contribuyó a mejorar la imagen del país en el exterior. Muchos son los ejemplos donde se exhibe al club de Chamartín como embajada ambulante. El miércoles 21 de octubre de 1959 José Solís Ruiz, ministro secretario general del Movimiento –autor de la famosa frase «menos latín y más deporte»–, dirigiéndose a los jugadores blancos después de la victoria al Luxemburgo Jeunesse d’Esch por 5-0 en partido de Copa de Europa, mostraba su satisfacción con las siguientes palabras: «Vosotros habéis hecho más que muchas embajadas desperdigadas por esos pueblos de Dios. Gente que nos odiaba ahora nos comprende gracias a vosotros, porque rompisteis muchas murallas. Vuestras victorias constituyen un legítimo orgullo para todos los españoles dentro y fuera de nuestra patria. Cuando os retiráis a los vestuarios al final de cada encuentro, sabed que todos los españoles están con vosotros y os acompañan, orgullosos de vuestros triunfos, que tan alto dejan el pabellón español»<sup>105</sup>.

Las palabras de Fernando María Castiella, ministro de Asuntos Exteriores entre 1956-1969, confirman esta idea: «El Madrid ha constituido la mejor embajada que hemos enviado al extranjero»<sup>106</sup>. Distintos escritos resaltan la importancia del club merengue en la historia de España durante los años de aislamiento internacional: «Los tres acontecimientos decisivos del período que va de 1950 a 1960 fueron la firma del Concordato con el Vaticano, el pacto con Estados Unidos y las cinco Copas de Europa. Se puede afirmar que Pío XII, Eisenhower y Bernabéu llevaron a España a ser un miembro de pleno derecho en la comunidad internacional»<sup>107</sup>.

La labor diplomática del balompié, particularizada en el Real Madrid en el caso de España, puede ser generalizada al fútbol como institución. Este deporte es un pacificador de cualquier guerra o conflicto armado, y funciona a modo de escuela de paz superando las fronteras que habitualmente separan a los seres humanos. Santiago Bernabéu dijo en su día: «Si los dirigentes deportivos se esforzaran por lograrlo, el balón puede tener más influencia que la paloma de la paz en el sosiego de este mundo tan revuelto y agitado».

Esta extraordinaria capacidad del fútbol para salvar diferencias políticas de cualquier orden internacional se pudo apreciar en el mundial de Francia de 1998 con ocasión del

encuentro entre Estados Unidos e Irán, dos países con importantes diferencias en materia política. El partido no pasó desapercibido ni para los asistentes al encuentro ni para los telespectadores. Antes del pitido inicial ambas selecciones se dejaron fotografiar juntas, se regalaron rosas y se abrazaron amistosamente en medio de un gran delirio popular. Todo el público ovacionó con fuertes aplausos a los jugadores. La prensa recogía la noticia con titulares como éste: «Lo que no consiguen los políticos lo consiguen muchas veces los futbolistas».

Muchos años antes uno de los mejores jugadores brasileños de todos los tiempos, Pelé, detuvo una guerra. Sucedió en África en el verano de 1969. El Santos, equipo en el que militaba O'Rei, preparaba la temporada disputando partidos amistosos en el Congo Kinshasa (hoy República Democrática de Congo) y en el Congo Brazzaville (hoy día Congo). Las dos facciones en guerra civil acordaron una tregua para deleitarse con el astro: «Por un corto período de tiempo –señalaba Pelé– al menos habíamos conseguido traer la paz en una zona de guerra».

No fue éste, sin embargo, el único éxito diplomático del brasileño. Otra anécdota ocurrió en el año 1975 en Beirut (Libia). Cuenta Pelé cómo acudió a un partido de hermanamiento entre el Nejmeb –campeón de Líbano varias veces– y un combinado local. Por aquella época el país andaba revuelto con conflictos entre musulmanes, por un lado, y judíos y cristianos, por otro. Pelé jugó con el Nejmeb y marcó dos goles. Hombres obligados a odiarse acudieron todos juntos a las gradas para divertirse con el juego del carioca. En una jugada, tras driblar a varios contrarios, Pelé llegó al área adversaria y volvió a regatear, lo que despertó la expectación de todos los presentes sin distinción de raza y fue homenajeado con gritos de «Alá! Alá!». Días después de dejar el país la guerra civil estalló en el país. La presencia de Pelé retrasó el inicio del conflicto durante varios días.

Cuando Pelé se retiró, el embajador de Brasil en la ONU, J. B. Pinheiro, declaró: «Pelé ha jugado al fútbol durante 22 años y durante este período ha hecho más por la amistad y la fraternidad que ningún otro embajador».

El liberiano George Weah, galardonado en 1995 con el premio de la FIFA al mejor jugador del mundo (FIFA World Player) –primer africano en obtener este premio– y con el Balón de Oro por la revista francesa *France Football*, también ha hecho mucho como elemento de unidad en un país destrozado por la guerra civil. Wheatonia Dixon-Barnes, ministro de Juventud y Deporte del país, explicaba lo siguiente: «Durante la guerra, cuando había un partido internacional, los bandos dejaban sus armas en el suelo e iban a ver el partido y esto es gracias a George»<sup>108</sup>.

El camerunés Roger Milla, que con 40 años continuaba en los terrenos de juego, es otra de las personalidades más respetadas en el continente africano. En una ocasión manifestaba: «En África he dejado de ser camerunés. Para el público africano represento a todo el continente». En los últimos tiempos el testigo lo ha tomado su compatriota Samuel Eto'o, el Profeta, como es conocido en su tierra. El jugador blaugrana es consciente de la responsabilidad que recae sobre él como embajador del país: «Soy la alegría y la esperanza de mucha gente».

También los jugadores con sus manifestaciones y declaraciones pueden ser un símbolo de acercamiento entre naciones enfrentadas políticamente. El montenegrino Dejan Savicevic y el croata Zvonimir Boban, ex futbolistas que compartieron vestuario en Italia en las filas de la *squadra rossonera*, mostraron su rechazo a la Guerra de los Balcanes; lo mismo que el croata Davor Suker –natural de Osijek– y el montenegrino Pedja Mijatovic –natural de Pogdorica– en el Real Madrid.

La primera oportunidad en que el fútbol tuvo ocasión de exhibir sus virtudes como embajador de buena voluntad fue a principios del siglo XX. En mitad de la guerra sucedió un célebre episodio histórico que todavía hoy día es recordado y que aparece recogido en la película *Merry Christmas*, producida en 2005.

Ocurrió en Ypres (Bélgica) la noche de Navidad de 1914. En las heladas trincheras de Flandes, a lo largo de 800 kilómetros desde el canal de la Mancha hasta la frontera suiza, reinaba la calma. Nadie disparaba contra nadie. Unos 250.000 soldados aliados y alemanes habían resultado muertos o heridos aquel otoño en la Batalla de Ypres, que duró cerca de un mes.

Al día siguiente de manera espontánea sin saber muy bien cómo ni por qué se improvisó un partido de fútbol y se entabló un encuentro en toda regla. El campo de batalla se convirtió en campo de juego. Sin ninguna otra arma que la fuerza física y la habilidad técnica, los sajones se hicieron con el encuentro por 3 tantos a 2. En conversaciones entre soldados alemanes e ingleses unos y otros manifestaban que se odiaban, aunque desconocían el porqué. Convocados allí para aniquilarse, después del partido se abrazaron amistosamente.

El fútbol había logrado poner una pausa durante unas horas, aunque el fuego no tardó en reanudarse. Ambos bandos eran conscientes de que la tregua no sería del agrado de sus mandos. Como hermanos, hubo un acuerdo tácito de mantener el secreto. Cuando por la tarde se tuvo noticia de que un brigadier británico estaba de camino para inspeccionar el batallón, germanos e ingleses volvieron a sus puestos en las trincheras. Cuando llegó el mando los ingleses pudieron fingir el encuentro con sus enemigos y aparentar ser un ejército en guerra. Pocas horas más tarde los ruidos de los disparos reaparecieron en la escena bélica. Matar o morir.

El fútbol sirvió, como ocurriría posteriormente en otras ocasiones, como punto de encuentro y acercamiento entre naciones obligadas a destrozarse. Como bien apunta Eduardo Galeano, «los estadios de fútbol son los únicos escenarios donde se abrazan los etíopes y los eritreos. Durante los torneos interafricanos los jugadores de esas selecciones consiguen olvidar por un rato la larga guerra que periódicamente rebrota entre sus países. Y después del genocidio que ensangrentó a Ruanda, el fútbol es el único instrumento de conciliación que no ha fracasado. Los hutus y los tutsis se mezclan en las hinchadas de los clubes y juegan juntos en los diversos equipos y en la selección nacional. El fútbol abre un espacio para la resurrección del respeto mutuo que reinaba entre ellos antes de que los poderes coloniales, el alemán primero y el belga después, los dividieran para reinar».

Desde sus orígenes la FIFA también ha contribuido a que el fútbol constituya una herramienta de integración entre naciones. Poco antes del comienzo de la Primera Guerra

Mundial, en el XI Congreso de junio de 1914 el órgano rector del fútbol manifestaba sus ideales como institución que proseguía metas superiores a la simple promoción del fútbol, entre ellas la supresión de cualquier conflicto bélico: «El Congreso se declara dispuesto a apoyar toda iniciativa que contribuya al acercamiento de las naciones y contraeste todo conflicto por mediación»<sup>109</sup>.

El ex presidente de la FIFA João Havelange, durante su mandato (1974-1998), proponía organizar un partido de hermanamiento entre las selecciones de Israel y Palestina, ya que como manifestaba, «el fútbol puede engendrar el encuentro entre dos pueblos que se dan la espalda desde hace tiempo. Ahí donde la política, la diplomacia y los círculos financieros han fracasado creo que el fútbol puede triunfar»<sup>110</sup>.

A finales de 2004 tenía lugar un hecho insólito en estos territorios que ponía de manifiesto nuevamente la capacidad del fútbol para salvar barreras políticas. Azmi Nasser, israelí de nacimiento, llegaba a un acuerdo con el presidente de la Federación Palestina de Fútbol, Ahmed Afifi, para dirigir a la selección nacional de este país tras otorgarle el ejército hebreo un permiso especial para viajar a Gaza, algo prohibido por motivos de seguridad para el resto de los israelíes, salvo a aquellos que cumplen el servicio militar o están en misiones humanitarias.

Junto a las vías diplomáticas clásicas de presión económicas o militares (*hard power*) existen un conjunto de medidas de que tienen que ver más con la habilidad política (*soft power*) –entre las que el fútbol es el rey– y que pueden facilitar corregir asperezas y favorecer el encuentro entre países.

El fútbol tuvo una influencia decisiva después de la Segunda Guerra Mundial como mecanismo integrador entre naciones. Fue a mediados del siglo XX cuando comenzaron a proliferar las competiciones internacionales con este objetivo. La idea, sin embargo, no era nueva. En los años treinta ya se barajaba esta posibilidad, pero las distancias entre países y las dificultades de logística por una ausencia de transportes rápidos retrasaron su puesta en marcha.

Algunas iniciativas económicas y políticas comenzaron a aparecer, como el Tratado de Benelux (Bélgica, Holanda, Luxemburgo) en 1947 o el Tratado de París en 1951 que dio luz verde a la CECA (Comunidad Europea del Carbón y el Acero), primer ejemplo de integración sectorial entre Francia, Italia, la República Federal de Alemania, Bélgica, Holanda y Luxemburgo, pero fue el movimiento del fútbol el que lo impulsó definitivamente: «En los años que siguieron a la guerra una generación de hombres se ha preguntado lo que debía hacer para no vivir más conflictos en Europa [...]. Esta voluntad existía en el plano político, con personas [...] que dijeron: “Inventemos cualquier cosa que nos permita evitar las guerras” [...]. El fútbol no tuvo dificultades para abrirse a Europa»<sup>111</sup>.

En 1955, e impulsada por Gabriel Hanot, editor de fútbol del periódico francés *L'Equipe*, nació la Copa de Europa de Clubes Campeones, conocida como Copa de Europa y rebautizada en 1992 como Liga de Campeones o *Champions League*. El mismo año se creó la Copa Internacional Inter-Ciudades con Ferias Industriales o Copa de Ferias, y desde 1971 Copa de la UEFA.

## LA DIPLOMACIA DEL FÚTBOL PODRÍA AYUDAR A TURQUÍA Y ARMENIA

«El partido de fútbol que se va a disputar el sábado en el estadio Hrazdan de Ereván, la capital de Armenia, podría marcar una nueva era en las relaciones entre armenios y turcos, marcadas por la hostilidad desde hace casi cien años.

El presidente Abdulá Gül se convertirá en el primer dirigente turco que visita la vecina Armenia cuando, invitado por su homólogo armenio, vuele a la Ereván para ver el choque entre ambos equipos, clasificatorio para el Mundial de Sudáfrica 2010. La visita tiene una importancia simbólica enorme para dos países que no tienen relaciones diplomáticas y cuya relación está obsesionada por el asesinato de cientos de miles de armenios por el Imperio Otomano durante la Primera Guerra Mundial.

Si logran ir más allá del simbolismo y restablecen relaciones diplomáticas, ello podría tener una gran trascendencia para el papel de Turquía como potencia regional, los flujos energéticos desde el mar Caspio y para la influencia occidental en la región del sur del Cáucaso, donde Rusia ha demostrado su fuerza con el envío de tropas a Georgia el mes pasado.

“La diplomacia del fútbol se convertirá en un nuevo término en el diccionario de la comunidad internacional” si después del partido hay una mejora real en las relaciones, dijo a *Reuters* el ex ministro armenio de Asuntos Exteriores Vardan Oskanian.

Turquía nunca ha abierto una embajada en Armenia y en 1993 decidió cerrar la frontera terrestre en una muestra de solidaridad con Azerbaiyán, otra antigua república soviética donde se habla turco y que perdió una guerra contra separatistas apoyados por Armenia de la región de Nagorno-Karabaj, que está en su territorio.

Armenia, apoyada por muchos historiadores occidentales, sostiene que hasta 1,5 millones de armenios murieron en un genocidio. Turquía niega que fuera un genocidio y argumenta que las muertes fueron resultado de una guerra en la que también murieron muchos turcos.

### Importancia regional

«Pero la decisión de Rusia de enviar tropas a Georgia, también ex república soviética fronteriza con Armenia y Turquía, ha convencido a muchos de que ya es hora de que Ankara y Ereván dejen sus diferencias de lado.

Los observadores en los dos países esperan que a la visita de Gül —que cenará con el presidente armenio, Serzh Sarksyan— sigan unas sustanciales negociaciones diplomáticas.

Para Ereván, el primer paso sería que Turquía reabriera el enlace ferroviario. Para Ankara, que Armenia dejara de presionar a los parlamentos extranjeros para que califiquen las muertes de la Primera Guerra Mundial como genocidio, así como algún avance en la disputa sobre Nagorno-Karabaj.

“El reto es convertir (el partido) en una situación en la que los dos ganen, y eso sólo puede ser si hay una continuación a este período demostrativo inicial”, manifestó Oskanian, que ahora dirige una fundación para el desarrollo y la democracia.

“Si no pasa (...) entonces Turquía habrá demostrado que esto era sólo un espectáculo. Y eso supone que tanto Armenia como la región serán los perdedores”, agregó».

Mkrtchyan, Hasmik y De Bendem, Paul, 5 de septiembre de 2008: *Reuters*.



En 1960, y a iniciativa de Henri Delaunay, secretario de la federación francesa, comenzó a disputarse el Campeonato de Europa de Selecciones, conocida como Copa Europea de Naciones y desde 1968 Eurocopa. Tan sólo un año después, en 1961, se creó la Copa Europea de Campeones de Copa, conocida como Recopa y extinguida desde el año 2000, una competición abierta a los ganadores de copa de las competiciones de los países afiliados a la UEFA. Y en 1972 se diseñó la Supercopa de Europa, competición en la que se enfrenta el campeón de la Liga de Campeones y el campeón de la Copa de la UEFA.

## 7. El fútbol como trampolín para el salto a la política

La atención que recibe el fútbol por parte de la opinión pública otorga una popularidad difícilmente alcanzable por otros cauces. Esa omnipresencia del balón en los medios se intenta rentabilizar a través de diferentes vías. Una de ellas es la política: «Los políticos tratan de meterse dentro del fútbol, porque saben que es un deporte que arrastra multitudes y se ve como un buen sitio donde encontrar votos»<sup>112</sup>.

La visibilidad que suministra el fútbol hace que resulte difícil resistirse a estar al frente de una entidad deportiva: «El más pequeño responsable de un club pesa socialmente más que la más alta autoridad, y su capacidad de movilizar masas es muy superior»<sup>113</sup>. Ramón Mendoza dijo en su día que ser presidente del Real Madrid era más que ser ministro de la nación.

En muchos casos la estrategia pasa por instalarse en la presidencia de un club antes de emprender el camino hacia la política. El escritor colombiano y premio Nobel de Literatura Gabriel García Márquez dijo con ocasión del mundial de Francia de 1998: «El fútbol es en Colombia un instrumento para conquistar el poder».

Silvio Berlusconi llegó al Associazione Calcio Milán en el año 1986. Pronto procuró incorporar a la entidad a los mejores jugadores del momento. La llegada de nuevos talentos –Ruud Gullit, Marco van Basten o Frank Rijkaard, entre otros, todos ellos dirigidos por la batuta de Arrigo Sacchi–, importados la mayoría del Ajax de Ámsterdam, dio un nuevo aire al equipo y le dotó de la estructura necesaria para hacer cosas importantes. Enseguida el equipo lombardo comenzó a gobernar en Europa sin oposición alguna. Fue intratable y hoy día se le sigue recordando como uno de los mejores equipos del fútbol contemporáneo. «Así se juega en el paraíso», calificaba con un titular la *Gazzeta dello Sport* refiriéndose al equipo italiano.

En 1989 y 1990 el Milán se alzó con el prestigioso título de la Liga de Campeones, trofeos que fueron seguidos de sendas copas intercontinentales, además de dos supercopas de Europa y varias ligas: «De Silvio Berlusconi pueden decirse muchas cosas buenas. Nunca ha sido procesado por homicidio. Ama tiernamente a su madre. Cuenta historias divertidísimas. Toca un poco el piano. Pero si hubiera que elegir una sola de sus cualidades, habría que hablar del Milán. Berlusconi tiene un equipo de fútbol estupendo, el mejor de Italia sin ninguna duda y uno de los mejores del mundo»<sup>114</sup>.

Una vez proyectada la imagen deseada, Berlusconi dio el salto a la política desde el trampolín del fútbol. En diciembre de 1993 creó un nuevo movimiento político con el nombre

de Forza Italia (FI) –grito que los aficionados italianos entonan en los partidos de la escuadra *azzurra*– y se alió con la regionalista Liga Norte y la neofascista Alianza Nacional para formar el Polo de la Libertad (PL) y acudir conjuntamente a las elecciones generales de marzo de 1994.

Con la ayuda de Publitalia, empresa perteneciente a su grupo de empresas, abordó la estrategia electoral. Su lema fue convincente y rotundo: «Haremos de Italia lo mismo que del Milán». Berlusconi conocía la popularidad que el club *rossonero* había alcanzado gracias a sus éxitos deportivos: «Cuando la gente piensa en Italia, después de la mafia y la pizza lo primero que les viene a la mente es el Milán».

La rentabilidad electoral no se hizo esperar. En los comicios del 27 y 28 de marzo, el PL obtuvo el 42,9% de los votos y 366 de los 630 escaños de la Cámara de Diputados, frente al 34,4% y los 213 escaños de la Alianza Progresista encabezada por el ex comunista Partido Democrático de la Izquierda (PDS). Por su parte, Forza Italia de *Il Cavaliere*, apodo de Berlusconi, logró el 21% de los votos y 148 escaños, que con los de sus aliados formó Gobierno en mayo con él como primer ministro.

Desde 1995 Mauricio Macri es presidente del Club Atlético Boca Juniors, uno de los dos clubes de fútbol más importantes de la República Argentina, cargo para el que fue reelegido en 1999 con más el 84% de los sufragios y en diciembre de 2003.

Durante estos años Boca Juniors ganó numerosos títulos. En el apartado internacional los logros fueron notables: cuatro copas Libertadores (2000, 2001, 2003, 2007), dos copas intercontinentales (2000, 2003) y dos copas sudamericanas (2004, 2005).

El éxito en la gestión del club azul y oro catapultó a Mauricio Macri a la primera página del ojo público y le abrió las puertas de la política. Macri manifestó entonces su compromiso con la ciudad y se lanzó a un nuevo desafío: convertir a Buenos Aires en el motor del progreso y desarrollo del país: «Hay otra mucha gente que tiene más talento que yo, pero ellos no tienen la visibilidad que provee el fútbol».

En 2003, año en que la economía argentina pasaba por momentos delicados y Macri había obtenido un alto reconocimiento como gestor de éxito, este ingeniero –hijo de Franco Macri, uno de los empresarios más emblemáticos del país en los años noventa– hizo su primera incursión en el terreno político al presentar su candidatura a las elecciones a jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires por el partido Compromiso para el Cambio. La finalidad era exportar su modelo de gestión profesional que había implantado en Boca a la dirección de la ciudad.

La presencia del mandatario de Boca hizo que las elecciones municipales adquirieran la trascendencia y cobertura de unas elecciones estatales. El «Berlusconi argentino», como fue definido por *El Gráfico*, no ganó, pero sus resultados fueron muy destacados. En la primera vuelta de los comicios, el 24 de agosto, fue el candidato más votado al obtener un 37% de los votos, 3 puntos porcentuales más que su máximo competidor, Aníbal Ibarra, líder de Fuerza Porteña. En la segunda vuelta ibarristas y macristas se vieron las caras de nuevo. Aunque la pugna estuvo muy disputada, Macri no corrió la misma suerte y perdió por 6 puntos de diferencia, 47% frente a 53%, pero quedó patente el apoyo que

había obtenido por la ciudadanía. La victoria se puso de lado de Aníbal Ibarra, pero aquella primera toma de contacto le sirvió para conocer de primera mano los entresijos de la política.

Cuatro años después Macri volvía a intentarlo. La experiencia acumulada fue suficiente para hacerse con la alcaldía de Buenos Aires. Con el 61% de respaldo el 24 de junio de 2007 Macri, de 48 años, derrotó al candidato oficialista, el entonces ministro de Educación Daniel Filmus, y pasó a convertirse en el referente de la oposición al Gobierno de Néstor Kirchner, entonces presidente argentino<sup>115</sup>. Así lo titulaba un diario internacional: «La presidencia de Boca Juniors le convirtió en uno de los hombres más populares de Argentina. A partir de diciembre [el día 10] será el alcalde de Buenos Aires, un excelente trampolín para dar el salto a la Casa Rosada»<sup>116</sup>.

En nuestro país Jesús Gil y Gil accedió primero a la presidencia del Club Atlético de Madrid en el año 1987 y cuatro años más tarde, en 1991, se convirtió en alcalde de Marbella.

Gil llegó a las filas del club colchonero, del que era socio desde 1981 (número 16.386) y miembro de la Junta Directiva desde 1984, después de ganar las elecciones a la presidencia el 26 de junio de 1987 con 6.219 votos frente a los 3.465 que logró el también candidato y ex ministro Enrique Sánchez de León, y se convirtió en el vigesimotercer mandatario de la entidad.

Desde el punto de vista deportivo y con Paulo Futre procedente del Oporto como bandera, Gil consiguió en 1991 su primer título, la Copa del Rey, al imponerse en la final por 1-0 al Mallorca en el tiempo extra. En la temporada 1991-1992 volvió a ganar la Copa, ésta vez contra su eterno rival, el Real Madrid, después de ganar por 2-0 en el Bernabéu.

Jesús Gil se convirtió en dueño del club tras su transformación en sociedad anónima deportiva después de reunir 2.061 millones de pesetas (12,4 millones de euros) que evitaron el descenso del club a Segunda División B. Como figura salvadora del club alcanzó una gran popularidad. Fundó entonces el Grupo Independiente Liberal (GIL), con el que ganó por mayoría absoluta en las elecciones municipales la alcaldía de Marbella el 26 de mayo de 1991 al obtener 19 de las 25 concejalías posibles.

En la temporada 1995-1996 el Atlético hizo la mejor campaña en sus 102 años de existencia y conquistó el doblete al sumar los títulos de liga y copa con Radomir Antic como entrenador. El éxito incrementó su notoriedad —«con la popularidad que tengo podría ser Dios», llegó a decir<sup>117</sup>—, que fue refrendada de nuevo en las urnas en otras tres ocasiones más, todas ellas por mayoría absoluta.

En 1999 el GIL obtuvo el 52,3% de los votos y 15 concejales; y en los comicios celebrados el 25 de mayo de 2003 la fuerza política<sup>118</sup> alcanzó 15 de las 27 concejalías de la corporación marbellí. Pero su trayectoria política no sólo tuvo resultados en el ayuntamiento de la localidad malagueña. También en Ceuta obtuvo resultados destacables en 1999 al ser la fuerza política más votada con el 38,62% de los sufragios y 12 escaños de un total de 25 de representación en el municipio ceutí.

Jesús Gil falleció a consecuencia de un infarto cerebral el 14 de mayo de 2004 a los 71 años de edad, de los cuales dedicó 11 a la alcaldía del municipio andaluz y 16 a la presidencia del Atlético. En ese período ganó una liga, tres copas, tuvo 26 entrenadores y realizó 144 fichajes por los que desembolsó 250 millones de euros.

## 8. Los futbolistas como transmisores de valores políticos

La simpatía de un jugador hacia determinada tendencia política puede traducirse en un incremento de votos en las urnas y hacer que la balanza se incline a un lado o a otro. Los políticos saben que en muchas ocasiones el electorado premia más la simpatía y cercanía que la solidez del programa electoral.

Zinedine Zidane, además de haber sido un jugador dotado de excelentes cualidades futbolísticas, es un tipo cercano para la mayoría, lo que le convierte en un aliado atractivo del poder político. El diario *El País*, con fecha 10 de julio de 2001, poco después de que el jugador hubiese sido fichado por el Real Madrid, recogía en uno de sus titulares: «Un futbolista humilde, talismán de la vida política». Además añadía: «El viernes 11 Zinedine Zidane viajará a Moscú en el mismo avión que el primer ministro francés Lionel Jospin para defender la candidatura de París a la organización de los juegos de 2008. En caso de una improbable victoria de la opción parisina, Zidane se verá obligado a acudir el 14 de julio a la fiesta que el presidente Jacques Chirac da en el Elíseo. Una foto junto al talismán Zidane es algo a lo que nunca renunciaría ninguna de las cabezas del poder político»<sup>119</sup>.

Ladislao Kubala, Laszy, fue en su época un jugador muy politizado como expresión y rechazo del régimen comunista de Hungría. En la primavera de 1950 el equipo Hungría, compuesto por exiliados del país, llegó a España a disputar una serie de partidos amistosos. El Hungría no era un equipo reconocido por la FIFA y tampoco contaba con licencia de la Federación Húngara, ya que sus futbolistas habían huido del país por razones políticas. Tan sólo se le permitía participar en partidos amistosos.

El 15 de junio de 1950 Laszy firmó un contrato para jugar con el F. C. Barcelona. La cosa, sin embargo, no quedó ahí. Ni el Vasas de Budapest –equipo al que pertenecía– ni la federación húngara querían dejar al jugador en libertad. El culebrón Kubala fue adquiriendo tintes políticos y el régimen franquista, como oposición al comunismo del Este, tomó partido en el asunto al presentar el tema a la opinión pública como el de un deportista al que se le negaba el derecho a ejercer su profesión por haber huido a Occidente en busca de libertad. El federativo húngaro Toth dijo al respecto: «Kubala era un problema estrictamente político para Hungría».

Tras diversos avatares en marzo de 1951 la FIFA daba luz verde al caso Kubala y permitió al futbolista jugar en España. Poco después, el 27 de junio se le concedió la nacionalidad española como refugiado político. El Barcelona tuvo que pagar 120.000 pesetas al Pro Patria italiano, club que tenía sus derechos, y 300.000 pesetas al Vasas de Budapest, club de procedencia del jugador.

Otros nombres, como Ferenc Puskas (Cañoncito Pum), Zoltan Czibor (el Pájaro Loco) y Kocsis Peter (Cabecita de Oro), procedentes del Honved de Budapest, el equipo del ejército húngaro, también podrían ser incluidos en la categoría de fugitivos del terror rojo. En octubre de 1956 Hungría fue invadida por la URSS. En ese momento el Honved se encontraba en Viena y los jugadores decidieron no regresar a su país. A partir de ese momento el conjunto empezó a disputar partidos por Europa y Sudamérica a pesar de los intentos de la federación húngara de que regresara. Más adelante, cuando el equipo se deshizo, algunos futbolistas permanecieron en España bajo amparo político.

El guardameta del Athletic Club de Bilbao y de la selección española, José Ángel Iríbar Kortajarena, más conocido como el Chopo, era un individuo muy comprometido con la autonomía vasca.

El 27 de septiembre de 1975 dos militantes de ETA y tres del Frente Revolucionario Antifascista y Patriótico (FRAP) fueron ejecutados por un tribunal militar. Ello causó la indignación de muchos habitantes de Euskadi. En la jornada de liga posterior a los fusilamientos, el domingo 29 de septiembre, Iríbar convenció a varios jugadores del club vasco para que saltasen al césped en Granada con brazaletes negros en señal de luto. Con posterioridad al partido los vascos explicaron que el motivo del luto era el primer aniversario de la muerte del directivo y ex jugador del club, Luis Albert, pero las autoridades no creyeron esta versión y hubo multa gubernativa.

Una vez muerto Franco, en la temporada 1976-1977 el Athletic de Bilbao y la Real Sociedad debían medirse en Atocha. Eran tiempos revueltos de reivindicaciones y manifestaciones. En esa época la ikurriña no estaba legalizada todavía y en los partidos los aficionados aprovechaban para exhibirla en las gradas y que las cámaras de televisión lo recogiesen antes de que las fuerzas del orden se la arrebatasen. En aquel partido fueron los propios jugadores de ambos equipos encabezados por el capitán vizcaíno, el Chopo, ante la sorpresa de los telespectadores, los que saltaron al terreno de juego mostrando la bandera de Euskadi. La Federación no quiso saber nada del tema e hizo la vista gorda, pero hubo presiones para que ese tipo de acciones no volviesen a repetirse.

A partir de estos incidentes las muestras de cariño que recibía Iríbar en todos los campos a los que acudía con el Athletic y la selección cambiaron por abucheos. Cuando el equipo local marcaba un tanto, los goles eran celebrados al grito de «¡España! ¡España! ¡España!». Cuando se despidió en un partido homenaje –había renunciado a la despedida oficial–, los fondos recaudados fueron destinados a la enseñanza del euskera.

En Cataluña, Charly Rexach, el noi de Pedralbes, también fue un jugador muy comprometido con las corrientes izquierdistas catalanas y una vez que las posibilidades de ir a la cárcel se disiparon, manifestó abiertamente sus creencias a favor de la independencia catalana y acudió a numerosos actos en pro de esta causa.

Después de proclamarse en 1958 campeón del mundo en Suecia con tan sólo 17 años, Pelé despertó el interés de los clubes europeos que estaban dispuestos a desembolsar importantes cantidades de dinero por hacerse con sus servicios. Para evitar su salida y contribuir a los éxitos de Brasil como nación, el Gobierno se vio obligado en 1960 a prohibir su exportación por decreto. Una década más tarde, después de ganar el mundial de

México de 1970, la imagen de Pelé también fue utilizada con fines propagandísticos por el régimen para capitalizar su doctrina. En una etapa de fuerte industrialización Pelé se convirtió en la figura simbólica de este auge y en un ejemplo para el resto del mundo de que Brasil podía convertirse en una potencia internacional de primer orden. Ya con la democracia instaurada, Pelé también tuvo vínculos con la política. Fue nombrado ministro extraordinario de Deportes (1995-1998) por el entonces presidente Fernando Henrique Cardoso, quien le presentó como «símbolo del Brasil que se ha hecho a sí mismo desde la raíz que ha triunfado». Una ley fue aprobada con su nombre, la Ley Pelé. Se trataba de un conjunto de reformas tendentes a eliminar la corrupción –auténtico caballo de batalla del fútbol brasileño– y lograr que los clubes funcionaran como empresas profesionales, responsables y transparentes.

Cuando Argentina se proclamó campeona del mundo sub-20 en 1979, Maradona contaba con 18 años y debía incorporarse al servicio militar obligatorio. El Pelusa cumplió escrupulosamente y juró bandera, pero al poco tiempo los militares entendieron que su presencia era más necesaria en los campos de fútbol y le dieron la baja en el ejército: «La nación necesita de usted, de su juventud, de quienes dan ejemplo en el mundo del deporte, así que debe asumir la responsabilidad de un duro trabajo y un gran esfuerzo como parte de la gran empresa [el Estado]; usted, joven jugador, puede y debe convertirse en ejemplo. Puede por su popularidad, y debe hacerlo porque su estatus de figura pública conlleva la responsabilidad de ser un buen ejemplo»<sup>120</sup>.

En aquel momento el nombre de Maradona comenzaba a sonar con fuerza en el fútbol europeo y los pretendientes –principalmente el F. C. Barcelona– no tardaron en hacer llegar sus ofertas desde el Viejo Continente. El régimen no podía permitir que el astro argentino se marchase del país y se hicieron serios esfuerzos por retenerle. La manipulación de los militares fue denunciada tímidamente por el diario *Crónica* en uno de sus artículos: «El ángel del fútbol no se merece que le obliguen a disfrazarse»<sup>121</sup>.

Una vez instaurado el régimen democrático y después del mandato de Raúl Alfonsín (1983-1989), con el presidente Carlos Saúl Menem (1989-1999) Maradona también fue símbolo de la argentinidad. El líder del Frente Justicialista Popular (Frejupo), una coalición del Partido Justicialista (PJ) con varios partidos menores, había llegado al poder después de ganar en las urnas a Eduardo César Angeloz el 14 de mayo de 1989.

La situación económica y social que heredó Menem era sumamente delicada con una previsión de recesión para el año del 6% del PIB, una hiperinflación cercana al 5.000% y una deuda exterior de 63.000 millones de dólares. Con este panorama Menem quería dar una imagen de estabilidad y orden económico al tiempo que buscaba nuevos socios en el exterior. Maradona, después del mundial de 1986 y los éxitos cosechados en Italia, era una figura internacionalmente conocida. Con este objetivo surgió la idea de nombrarle embajador del deporte y concederle un pasaporte diplomático, de tal manera que sirviese como patrocinio presidencial y nacional. Para ello se hizo coincidir la entrega formal del reconocimiento con el mundial de Italia de 1990, el acontecimiento mediático de mayor interés planetario. Fue el 7 de junio de 1990. En la conferencia de prensa y rodeado de focos y cámaras, Carlos Menem pronunció un discurso simbólico: «Inauguramos aquí un nuevo tipo de credencial, un nuevo tipo de imagen diplomática [...]. Platón dijo que el deporte produce hombres sabios y prudentes, el tipo de hombres que el mundo necesita en este momento»<sup>122</sup>.

Fernando Niembra, periodista argentino encargado de hacerle saber a Maradona la petición del presidente explicaba: «[Menem] estaba muy preocupado por su imagen pública. Quería atraer inversores y crear un clima de confianza [...]. Le dije que estaba seguro de que Maradona le abriría las puertas del mundo a su gestión, y que el mundial de Italia era una oportunidad que no podía perderse»<sup>123</sup>. La estrategia de Menem estaba bien calculada. El argentino Gustavo Bernstein, autor de *Maradona: iconografía de una nación*, señala: «Maradona es nuestro referente. Nadie encarna mejor nuestra esencia. Nadie ha llevado nuestro emblema más noblemente. Por nadie en los últimos veinte años hemos sentido una pasión igual. Argentina es Maradona, Maradona es Argentina»<sup>124</sup>.

En otras muchas ocasiones el astro argentino también ha sido objeto de deseo por los políticos, que siempre han visto en el futbolista la mejor manera de seducir a los ciudadanos y recaudar votos: «A mí me han ofrecido muchas veces ser político y les dije que no, porque yo no sirvo para robar a la gente. Para llegar a ser político hay que robar a la gente, y yo no soy ladrón. Yo le robé una sonrisa a la gente a través de mi juego en el fútbol; por eso me han ofrecido un montón de cargos. ¡Pero si incluso cuando yo estaba muy mal, muy drogado, me ofrecieron la Secretaría del Deporte! Y luego dicen que el enfermo soy yo... Yo me reúno con políticos y después de la primera reunión ya no se quieren reunir más conmigo, porque les digo lo que siento. En mi país los políticos se hacen ricos, pero no le dan nada a la gente. La pobreza aquí sigue siendo la misma»<sup>125</sup>.

## 9. El fútbol como lenguaje político

El elevado grado de aceptación del fútbol entre la población lleva en muchas ocasiones a que los dirigentes políticos se sirvan del lenguaje futbolístico para hacer llegar mejor su mensaje al electorado y de este modo resultar más cercano. Es lo que se podría llamar como la futbolización de la política: «La presencia del fútbol impregna cada vez más actividades y su lenguaje se ha trasladado a los medios de comunicación y a las conversaciones habituales de la gente. No es extraño, por tanto, que ese lenguaje se utilice en el campo de la política»<sup>126</sup>.

Silvio Berlusconi, cuando decidió en 1994 presentarse a las elecciones italianas, explicaba los motivos de su candidatura con estas palabras: «Oí que el encuentro se estaba poniendo difícil y se jugaba en las áreas mientras el centro del campo quedaba vacío»<sup>127</sup>. Su lema electoral también estuvo barnizado —como ya hemos apuntado— de tintes futbolísticos: «Haremos de Italia lo mismo que del Milán».

El ex presidente del Gobierno español José María Aznar durante el mundial de Japón y Corea, a medida que España iba superando partidos contra sus rivales —Eslovenia, Paraguay, Sudáfrica en la primera fase, e Irlanda en octavos de final—, se mostraba cada vez más satisfecho del buen papel de la selección y utilizaba un símil futbolístico para referirse a la convocatoria sindical de huelga general para el 20 de junio de 2002 al afirmar: «Este partido lo vamos a ganar».

El periódico *La Razón*, al día siguiente del paro general y entendiendo que la participación había sido un fracaso, abría su portada con un montaje fotográfico en el que aparecía

el portero de la selección y del Real Madrid, Iker Casillas, con la cara del presidente español acompañado del titular «Aznar paró el penalti».

La celebración de unas elecciones es, sin duda, el momento en que los líderes políticos se esmeran con más ahínco en el uso de símiles futbolísticos. El cruce de acusaciones se sucede y los políticos se atacan utilizando también términos balompédicos. En declaraciones extraídas de la prensa con ocasión de las elecciones generales del 14 de marzo de 2004 pudimos escuchar al entonces líder de Izquierda Unida, Gaspar Llamazares, decir que había que «sacar la tarjeta roja a Rajoy». José Luis Rodríguez Zapatero se refirió a los miembros de la oposición como «los *hooligans* del PP». Por su parte, la candidata popular a presidir la comunidad andaluza, Teófila Martínez, comparó a su contrincante político, Manuel Chaves, con Naranjito, la mascota de los Mundiales de fútbol que se celebraron en España en 1982, por ser «tan antiguo como él».

Cuando alguna fuerza política comete algún despiste, el resto de los partidos trata de aprovecharse del fallo de su contrincante y lo acusa de haberse quedado en fuera de juego o dice que «se ha metido un gol en propia puerta». En otras ocasiones se asegura que «le han metido un gol por la escuadra», lo que destaca aún más el error del adversario político.

Con motivo de la celebración de las elecciones autonómicas en el País Vasco el 17 de abril de 2005, el Tribunal Constitucional dictó sentencia que confirmaba la resolución del Tribunal Supremo que denegaba a Aukera Guztiak (AG) a presentarse a los comicios por considerarla sucesora de la ilegalizada Batasuna. El Partido Comunista de las Tierras Vascas-Euskal Herrialdeetako Alderdi Komunista (PCTV-EHAK) se ofreció entonces a recoger el testigo de AG y servir como representante de los votantes de Batasuna en el Parlamento vasco. Las exigencias del Partido Popular para ilegalizar también esta opción política fueron contestadas por la vicepresidenta primera del Gobierno, María Teresa Fernández de la Vega, de la siguiente manera: «No se encontraron elementos para impugnarla como sucesora de Batasuna». La que fue candidata a *lehendakari* por el PP, María San Gil, se refería a este incidente del siguiente modo: «Espero que al Gobierno no le hayan colado un gol, y si le han colado un gol al señor Zapatero, que reaccione e impida y utilice cualquier resquicio legal para que los batasunos, disfrazados de lo que se quieran disfrazar, no puedan estar presentes».

Cuando las encuestas dan como favorita a una fuerza política determinada, las demás formaciones se defienden con el argumento de que «no se puede pretender ganar el partido antes de jugarlo». Durante el recuento de votos los candidatos se muestran prudentes: «Hasta que el árbitro no pita el final, no se puede cantar victoria» o «el partido dura noventa minutos».

Si la victoria de un partido político es ajustada se dice que «ha ganado en el tiempo de descuento»; si es por una diferencia holgada, entonces se aprovecha para afirmar que «se ha ganado por goleada».

Cuando algún dirigente político trata de escurrir el bulto, no falta quien le acusa de «tirar balones fuera». La falta de ideología clara de alguna fuerza política se identifica con el centrocampismo.



Las expresiones deportividad y juego limpio o *fair play* también son un recurso habitual de los líderes políticos para referirse a la necesidad de asegurar todas las garantías constitucionales en el desarrollo de la campaña electoral y en el ejercicio del derecho al voto.

Otros términos como a bote pronto para designar algo sobre la marcha, sin pensar, la mejor defensa es un buen ataque para indicar que hay que llevar la iniciativa o tener más moral que el Alcoyano, que se refiere a no dejar de luchar a pesar de los continuos fracasos<sup>128</sup>, también son usados habitualmente por los políticos.

En junio de 2008 el ministro de Interior, Alfredo Pérez Rubalcaba, con ocasión de las intenciones soberanistas del *lehendakari*, Juan José Ibarretxe, le calificaba de piscinero, como «los futbolistas que se tiran en el área, quiere engañar al árbitro».

En aquellos países donde las elecciones se celebran en dos vueltas, una vez hecho el recuento de la primera es frecuente oír de boca de los grupos políticos menos afortunados con los sufragios argumentos del siguiente tipo: «Todavía queda todo el segundo tiempo por delante».

Las declaraciones poco afortunadas de algún líder político son aprovechadas por los grupos de la oposición para decir que «habría que dejarle en el banquillo». Las decisiones o actuaciones inoportunas de algún dirigente son utilizadas para calificarle de juvenil o jugador de regional.

También los símiles futbolísticos son utilizados para ensalzar los logros alcanzados. En septiembre de 2007 José Luis Rodríguez Zapatero en una reunión del grupo parlamentario socialista decía: «En esta Liga de Campeones de las economías mundiales, España es la que más partidos gana, la que más goles marca y la menos goleada». Pocos meses más tarde, las negativas previsiones sobre la economía española provocaban que el ministro de Economía, Pedro Solbes, afirmase: «Estaremos rozando el larguero del crecimiento cero».

En definitiva, todo un conjunto de términos balompédicos al servicio de la política y del que se busca obtener la mayor rentabilidad posible.